

# La Ilustración Artística

AÑO XXXIV

BARCELONA 25 DE ENERO DE 1915

NÚM. 1.726



MONUMENTO A CRISTÓBAL COLÓN, obra del celebrado escultor bonaerense Arturo Dresco recientemente inaugurado en Rapallo, en las cercanías de Génova. (De fotografía de Ramondini, remiúda por G. Romieux.)



**Texto.** — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Pensamientos*. — *Miedo de héroe*, por la condesa del Castellá. — *Barcelona. La Casa de los Alemanes*. — *La guerra europea*. — *Madrid. Notas de actualidad*. — *Melilla. Ocupación de nuevas posiciones*. — *La Niania* (novela ilustrada; continuación). — *Rincones de España. Roncesvalles*, por el conde de Carlet (conclusión). — *Barcelona. Homenaje a Muley Háfíd*. — *Los hermanos Bruño y Constante Garibaldi*.  
**Grabados.** — *Monumento a Cristóbal Colón*, obra de Arturo Dresco. — Dibujo de Tamburini, ilustración al cuento *Miedo de héroe*. — *Los retrasados*, cuadro de Alberto Guillaume. — *Regreso de la pesca*, cuadro de L. Martínez Cubells Ruiz. — *Barcelona. La Casa de los Alemanes* (cinco fotografías). — *El emperador Guillermo II de Alemania*. — *Un indio de la Media luna Roja recogiendo donativos para los heridos de la guerra en las calles de Constantinopla*. — *Niños de las provincias orientales de la Polonia alemana refugiados en Berlín*. — *El general francés Pau*. — *Una elegante*; *Retrato de la eminente diva María Barrientos*, pintados por Ramón Casas. — *Madrid. Notas de actualidad*. — *Melilla. Ocupación de nuevas posiciones*. — *Rincones de España. Roncesvalles* (tres fotografías). — *Barcelona. Homenaje a Muley Háfíd*. — *La guerra europea. Los hermanos Garibaldi*.

### LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El caso de un atropello que costó la vida a un vendedorcito de periódicos, ha vuelto a poner sobre el tapete la cuestión de la velocidad que deben llevar los automóviles.

Para mí, el punto no es dudoso. En las calles, y más en las concurridas, los automóviles deben siempre ir a velocidad muy moderada, aunque gasten más bencina y se estropee más el motor.

Y así como digo esto, y multaría sin reparo a todo el que viese dispararse, porque es evidente que corriendo como alma que lleva el diablo todo accidente tiene que ser grave o mortal, digo también que es extraordinaria la confianza con que el público se pone ante tranvías, automóviles, carros y coches, no separándose por más que gruña la bocina, repique la campanilla, o el cochero reitera su clásico «¡Ahí va, eh!»

De los chiquillos no hablemos. Esos, no sólo no se apartan, sino que se pegan como lapas al juego trasero de los coches y a los topes de los tranvías, convirtiendo en deporte el paso de los vehículos. Es un verdadero milagro el que no sean aplastados y despachurrados más chicos, diariamente.

Y he ahí por qué, si apruebo que se multe a los automóviles cuando van echando demonios, encontraría útil que se multase a los padres de los chicos, cuando éstos se suben furtivamente a un tranvía, o juegan a desafiarse, o se enhebran entre los automóviles, bailando ante ellos el rigodón.

Casi sobra añadir que los guardias miran todo esto con olímpica indiferencia. Pueden ver a los automóviles desempedrando; pueden ver a los chicos meterse debajo de las ruedas. Nunca se les ocurrirá intervenir, amonestar, multar. Lo único que hacen diligentemente los guardias, es estorbar el paso y circulación de los coches por las calles céntricas y la Puerta del Sol.

No estaría de más que en ese ombligo de Madrid, los guardias, (como hacen en París y Londres), detuviesen a la gente y alzasen la insignia de mando, para detener el río de vehículos un instante, dando lugar a los peatones a cruzar de acera a acera.

En Madrid se suele permanecer a pie firme en la acera un cuarto de hora, esperando el segundo en que se interrumpa el incesante desfile de coches, tranvías, automóviles, y hasta de esos carrárganos de reata que llevan en ringlera cuatro mulas, un borriquito, un mastín, y, lo peor de todo: ¡un carretero!

Estos carros debieran tener limitado el tiempo de su circulación, y horas señaladas para ella; pero gozan de privilegios, de bula: van por donde quieren y cuando les viene en gana. No hay que hacerle; esto es una cosa tan imposible de arreglar, al parecer, como el asunto de los pingajos tendidos a secar en los balcones de las casas, en las principales calles de la coronada villa.

\*\*\*

El mal suceso de la obra de Marquina, *Una mujer*, ha venido a demostrar lo difícil de acertar con un argumento que satisfaga «al respetable». Es desconsolador para los autores, pero es verdad: mientras a un *vaudeville* españolizado (y Dios sabe a dónde llega este españolismo) no se le pregunta si es la vigésimoquinta reedición de una farsa sin pies

ni cabeza, a las obras serias se les exige flamante novedad, algo jamás oído ni visto.

La comedia de Marquina no es nueva en su asunto, conformes; pero lo trata delicadamente. Algunas escenas son largas; con tijera, tiene fácil arreglo. Es una obra bien sentida, bien hablada, con escenas tan delicadas como la de la lección de alemán. Presentada como se acostumbra en la Princesa, interpretada fina y gentilmente, yo creo que debiera haber gustado, no sufrir tan severa acogida.

El público siempre pide «otra cosa». Aun a las obras de indiscutible y clamoroso éxito, como, por ejemplo, *La Malquerida*, se les pide la cédula de vecindad.

Se alega que el argumento es «repugnante». ¿Repugnante, por qué? Será terrible, será estremecedor; pero ¿repugnante? El teatro clásico griego, y nuestro teatro de los siglos de oro, las gastan mucho más fuertes. Y si no, recuérdese *El castigo sin venganza* y *La venganza de Tamar*. La pasión no es repugnante; lo es el vicio. Al menos, yo lo entiendo así.

Si al público se le dan cosas como *Una mujer*, plácidas, normales, morales, de la vida diaria, se enoja porque «aquello» está muy visto. Si se le da *La Malquerida*, protesta porque «aquello» no se ha visto nunca, o al menos se ve muy raras veces. Si las obras son color de rosa o azules, habla de ñoñez. Si rojas, habla de descaro y grosería. Debe de ser desesperante para quien se dedique a este oficio, por otra parte tan glorioso.

\*\*\*

Hoy, el teatro serio — o risueño, para el caso es lo mismo — tiene un competidor formidable en el cinematógrafo.

Del cinematógrafo no se hacen encomios, pero ha llegado a la perfección, y entrado en los dominios del arte. Mejor que el teatro, nos da la plástica y la mímica, y en cuanto a escenografía, pone en juego elementos de realidad, imposibles de llevar a las tablas.

En ningún teatro se pueden exhibir mares, ríos, cataratas, cascadas, oleaje, tormentas, barcos que se hundan, gente que se arroja al agua y nadá de veras, desembarcos, trenes en marcha, incendios enormes, erupciones de volcanes, filas de camellos que cruzan el desierto, elefantes vivos, selvas, oasis de palmeras, ventisqueros de nieve, todo ello no en figuraciones de cartón, sino tomado de la naturaleza, de un modo directo, auténtico, que es como asistir a ello. Falta sólo al cinematógrafo la voz humana, que substituyen imperfectísimamente los carteles con las explicaciones. Éstas suelen ser risibles, y en un castellano que se lo recomiendo a Cavia. El día que estas explicaciones llenen mejor su objeto, habrá ganado mucho el espectáculo.

\*\*\*

Una película he visto, que no deja en este punto, ni en ninguno, nada que desear. Me refiero a *Cabiria*.

Como nadie ignora, el argumento pertenece a Gabriel d'Anunzio. Es decir: si se aquilata la cuestión, pertenece a Gustavo Flaubert, a quien d'Anunzio debe una rica corona, costeada con las ganancias pingües, de millones, que le habrá producido *Cabiria*.

En efecto, la película revela el influjo de esa novela admirable que se llama *Salambó*. Con suma habilidad, d'Anunzio encubre y deslie todas las reminiscencias, ideando una fábula más cinematográfica, más llena de sorpresas y de incidentes, que la de Flaubert; pero puede afirmarse que, si *Salambó* no se hubiese escrito, no se hubiese ideado *Cabiria*.

También anda un poquillo en ello *Quo vadis*, y corresponde a Sinckiewicz la figura del gigante, del Hércules que, en los casos apurados, lo resuelve todo con su fuerza. Pero de la obra, tan influyente y tan sugestiva, de Flaubert, nacen muchos episodios culminantes de *Cabiria*. El sacrificio de los niños a Moloch, con la espantable figura del dios en cuyo pecho van entrando, para convertirse en cenizas, las víctimas inocentes; la entrada furtiva de Fulvio en Cartago, escalando las murallas; el tipo *salambónico* de Sofonisba; el asalto de la ciudad, con la caída del cajón lleno de combatientes, y su exterminio; los amores de Sofonisba con el príncipe númida; y, más aun que concretos episodios, cierta tintura general cierto espíritu, que flota sobre todo el poema.

Dicho lo cual, hay que añadir que en *Cabiria* se ve la mano del gran artista, y que también en las películas hay clases, ¡vaya si las hay! *Cabiria*, además de arte, tiene su color científico.

Los detalles se ajustan a las rigurosas exigencias

de la arqueología y la etnografía, y los tipos son cual los pudo soñar un pintor. Actores y actrices fueron elegidos según la etnografía lo requiere, y el negro Maccite es un ejemplar de humanidad que merece ser fundido en bronce. Hay un Escipión, figura de busto o medalla latina, un hombre como se ven aun muchos en Italia, envuelto en un manto blanco, que impresiona, porque sugiere la idea de que Escipión realmente sería así.

Los edificios, la cerámica, los trajes, cada accesorio, denuncian el esmero exquisito con que se ha estudiado esta película. No extrañaré que, en efecto, se invirtiesen en prepararla cinco años.

Y, según queda indicado, los letreros, obra también de d'Anunzio, están regularmente traducidos: en ellos no se le llama a la noche «la noche» ni a una señorita «el muchacha», con otras enormidades que no debieran consentirse, por decoro del idioma y respeto a la cultura de los que asisten al espectáculo.

\*\*\*

El Real, este año, vive por efecto de un conjuro: el barón de Cortes ha conseguido galvanizarlo, y en horas de penuria, de frío y desanimación general, no se nota en el regio Coliseo la situación que atravesamos.

La temporada va deslizándose sin clamorosos éxitos, pero sin fracasos ni caídas. Se han cantado algunas óperas muy bien, otras medianamente; pero esto tengo para mí que siempre habrá sucedido. En conjunto, no puede decirse que descendiese el nivel.

Y ahora se habla, nada menos, que de la venida de Titta Ruffo... Titta el mago, el que se lleva al público de calle.

Realmente, este joven barítono es algo singular, como una fuerza de la naturaleza. Genial y extraño, inspirado y popular, pocas veces se habrá visto un temperamento tan marcado y acusado en su originalidad, vehemente y desatado como el suyo. No es su voz, (con ser de las que rarísima vez se oyen) lo que avasalla. Es su alma tempestuosa y fogosa, es su manera de ser propia, inimitable, lo que le vale esas frenéticas ovaciones... y esos precios inverosímiles.

Porque Titta es un portentoso... pero cuesta, cuesta. Dicese que este año, sus exigencias pasan de cien mil francos, y para eso, sin cantar ni *Rigoletto*, (¡oh, la escena de los cascabeles!) ni *Hamlet* (¡oh, la fermata!)

Así andan las cosas, cuando se trata de fenómenos del canto y del toreo... Titta ya será archimillonario. El caso es que cada año, al terminar su campaña en el Real, anuncia o anuncian por él, que no volverá más, que va a retirarse de la escena, con lo cual hay puñadas por las localidades. Luego resulta que no se retira; y a fe que hace muy bien. No tiene derecho a quitarnos el gusto de oírle y de verle, con sus gestos tan artísticos y su cara que vierte energía de sentimiento.

Pagaremos, vaya si pagaremos, y aun encima le daremos las gracias.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

### PENSAMIENTOS

El hombre tiene algo del animal y de la planta. ¿Cómo negarlo? Pero a ello añade la razón, la libertad moral, el amor desinteresado, el arte, la poesía, la ciencia, el sentimiento religioso. Su naturaleza, pues, le permite concebir lo infinito, lo divino, lo ideal, tender a la perfección y aspirar a la inmortalidad.

C. WADDINGTON.

Cada paso en la vida es una perspectiva que se nos abre en el corazón de la humanidad; vivir es comprender, y comprender es no solamente tolerar, sino también amar. Este amor, por otra parte, no excluye el discernimiento ni el esfuerzo por mejorar y transformar; al contrario, el amor verdaderamente activo ha de ser ante todo un deseo de transformación y de progreso. Amar a un ser, una creencia, es tratar de elevarlos.

GUYAU.

No aplazar nada es el secreto por excelencia para quien sabe lo que vale el tiempo. Cuando se deja algo para el día siguiente, no se piensa que cada día y cada hora traen consigo una labor nueva.

E. LABOULAYE.

La esperanza despierta el valor; el desaliento es el último de los males.

V. KNEBEL.

**La Sal Natural de Sprudel**  
de  
**Carlsbad**  
es la única legítima Sal de

## MIEDO DE HÉROE, POR LA CONDESA DEL CASTELLÁ, dibujo de Tamburini

— El café está servido.  
¡Santa palabra!  
La perspectiva del fresco puso en el rostro de los veinte comensales una visible satisfacción.

Salimos, a tiempo, a la terraza tras la noble señora de aquel lindo dominio, que daba su brazo al héroe de la fiesta; de carácter íntimo fué aquella reunión, no menos solemne por la circunstancia y por-

ña, y que ya viejo, cargado de condecoraciones y recompensas, lleno de cicatrices honrosas, había salvado de entre las llamas a dos mujeres, siendo agraciado en aquellos días con la gran cruz de benefi-



... las parejitas juveniles, deslizándose por la escalinata, se dispersaron por el callado jardín

Era la noche como de julio, calurosa en extremo, y se hacía irrespirable en el lujoso comedor de la quinta; a pesar de las ventanas abiertas, la reverberación de las luces, el perfume de nardos, la animada charla efusiva después de larga ausencia y vario suceso, saturaban la atmósfera, que muy densa, con los añejos vinos, mareó a todos un tantico.

que la marquesa de Ocata agasajó espléndidamente a su huésped. El general D. Diego de Larsán y Castañeda era aquel gallardo oficial de tres hechos memorables de la guerra carlista; el heroico coronel que en Cuba, en una jornada impercedera, fué asombro de los suyos y terror de los insurrectos. El que en Africa realizó con su desnudo más de una haza-

encia, única insignia que sobre el frac lucía esa noche; como si el hecho inesperado, casual y casi obscuro, fuese el único de que pudiera vanagloriarse tan bizarro caballero.

Ante el café nos acomodamos las personas formales; las parejitas juveniles, deslizándose por la escalinata, se dispersaron por el callado jardín, que en

una apoteosis de plenilunio tenía la poesía de un cuento de hadas. Arriba la terraza, con barandales de piedra y altos tibores, dominando el jardín y la playa, parecía asomarse al mar levantino; todo joyante moaré acerado bajo la solemne caricia lunar, y un silencio augusto, sobre el mansísimo murmullo de oleaje, aserenaba la elegante tertulia como si el misterio y la belleza de la hora impusieran su maravilloso prestigio... Algunas risas en sordina subieron de los floridos parterres; blanqueaban los mármoles en la obscuridad de las frondas, y el tintineo de las tazas se fué amortiguando discreto...

Amable *causeur*, nos había referido el general de Larsán su salvamento con sencillas palabras; relatando sin sombra de énfasis su entrada por unos tejados mal seguros de la ruinosa escuela, que ardía como hoguera enorme; su paso por los corredores que se desplomaban entre torbellinos de humo, y las pobres mujeres, una desmayada, otra embrutecida de terror, arrastrándose en la trágica huida; y lo difícil de ponerlas a salvo por una escalera ya presa de las llamas... En fin, tuvo serenidad y buena suerte - decía - una quemadura en un brazo y un golpe en la cabeza, lo único que lamentar, y a eso ya estaba él acostumbrado...

De sus hechos de guerra gloriosos..., ni una palabra; aunque estaban presentes en la conciencia de todos, *el héroe* permanecía como ausente de aquellas páginas épicas de la vida española contemporánea, y su modestia de soldado rehuía nuestras frecuentes alusiones a su «hoja de servicios» para hablar de las campañas en general.

Sin saber por qué, observaba yo detenidamente a D. Diego y hacía un punto de reflexión meditativa. Lo que siempre me había parecido lógico, necesario y magnífico - que hubiese militares heroicos, hombres guerreros - se me antojaba esa noche caso curioso y *antinatural*. El libro de una mujer ilustre (que acaba de bajar a la tumba) había puesto en mi espíritu una inquietante interrogación... Mis prejuicios ancestrales, sacudidos por dolorosa incertidumbre, evocaban las páginas de la baronesa de Suttner. Según ellas, «la guerra era un crimen monstruoso; los héroes, unos hombres que en el paroxismo del furor que llaman «sentimiento patrio», se convierten en fieras sanguinarias y «hordas bárbaras».

Y estas ideas me desconcertaban... La *patria*, la *guerra*, el *heroísmo*, ¿no eran hechos providenciales que oímos sancionar, acatar y ensalzar desde la cuna como el más entrañable y alto *credo*? ¿Era posible que ese general de Larsán, tan noble, enérgico y erguido; con su hermosa testa de aguilón perfil y cabellos blancos venerables; con sus ojos acerados, tan serenos y leales; que, deponiendo el severo empaque, hablaba sonriente, cordial y bondadoso con las damas, fuese un bárbaro? ¿Y ellas atendían complacidas, confiadas, sin recelo alguno de aquel *ogro heroico*? ¿Ese *ogro* que había realizado actos de un altruismo enternecedor; ese *héroe* verdadero que volvería a exponer su vida sin regateos ni reclamos si preciso?..

Sin duda la Suttner *pacifista* pretería un poco *el tipo*. Tendría razón por una parte..., por la otra... había una perturbadora y paradójica cuestión vieja de siglos...

Pues qué, ¿podríamos *desestimar* a ese general de Larsán como hemos desestimado siempre a los pusilánimes, egoístas, cobardes y traidores de todos los tiempos?

Yo me interrogaba todavía, ¿no será la condición de *héroe* psicológicamente involuntaria, inconsciente, perpetua y nativa? ¿No sería una incapacidad psicofísica y absoluta de sentir el terror, o una apreciación contradictoria y, en suma, negativa del miedo ante el peligro?

En tales disquisiciones perturbaba yo mi calma digestiva, cuando contestando a mi soliloquio la voz de la señora marquesa interrogó persuasiva y terminante:

- General, ¿tuvo usted *miedo*... alguna vez?

Una pausa expectante coreó aquel concepto. Don Diego de Larsán y Castañeda miró lejos y una melancolía veló su frente.

- Lo que yo llamo miedo, habló despacio, lo que tiene el terror con que vemos morir lo que amamos y mucho del inexplicable pavor infantil o sobrenatural... *Eso* lo he sentido yo... una vez.

La mayor curiosidad pintóse en los rostros y acercáronse las sillas en torno del *héroe* para oír el *caso*, que relató de esta manera:

\* \* \*

- Sin comentarios ni preámbulos diré mi absoluta sinceridad y mi envidiable equilibrio físico, del que nunca me departí, y como la edad madura es

menos escéptica, pero más serena, que la juventud, lo que os refero no se explicará nunca.

Repugno el hablar del suceso, porque aun transcurridos veinticinco años está lleno de tristes recuerdos para mí.

Mi hermana Dora, a quien yo quise con delirio, había contraído, estando yo en campaña, una terrible dolencia; sintiéndose muy enferma resolvió marchar a Londres para consultar con el doctor Bell, famoso. Acompañada de su hijo fué a Inglaterra, y el diagnóstico, desconsolador en principio, dejó abierta una puerta a la esperanza de un tratamiento enérgico y eficaz, y gracias a él, la paciente pasó tres meses mejorando por días y recobrando su entereza de espíritu de un modo ostensible. Yo recuerdo sus cartas tiernísimas, llenas de optimismo y proyectos. «Ya verás qué cambio, si vienes a buscarme en mayo», escribía Dora. Y cuando ya disponía mi partida, llegó un telegrama alarmante que me dejaba anonadado: «Mamá gravísima, intentarán operación para salvarla.» No insistiré en las torturas de aquel viaje, ni sobre mi azarosa llegada a Londres, para hallar a mi hermana desconocida, cadavérica, que me abrazó sollozando... y su triste voz al decir: «No quería morirme sin verte...»

Y la operaron: tres horas horribles, dantescas, que su hijo y yo pasamos en el *parlour* de la clínica; ruyendo primero, llorando después como dos chiquillos.

Al fin salieron los galenos; los vimos preocupados..., pero, aunque todos lo temíamos, Dora no murió aquella noche...

Estaba la clínica de Bell muy lejos del centro, en St. John's Wood; típico barrio londinense, silencioso, entre arboleda; con sus pequeños *cottages* (1) en minúsculos jardincitos y las verjas, enredaderas, persianas, todo de ese pintoresco estilo inglés que sonríe al sol; pero tan tristón y hermético, cuando llega la tarde y vienen las sombras, para nuestros ojos meridionales, amigos de la alegría e inquisidores de los aspectos de las cosas.

El reglamento, que se oponía a que nos alojaran en la clínica, nos hacía estar en un sobresalto continuo; idas y venidas al Langham Hotel; mortales esperas para ver a la enferma diez minutos y en un silencio angustioso, porque se extremaron precauciones para salvarla. Fatigados, inquietos, Juan y yo resolvimos nuestro traslado a St. John's Wood.

Un *hamson* nos paseó toda una tarde sin hallar *lodgings*, y al fin nos detuvimos en un bar para tomar un refrigerio, preguntando al dueño si podría albergarnos o tenía noticia de algún *cottage* cerca de la clínica Bell.

Sonrió el hombrecillo y contestó capcioso.

- Hay uno que no puede alquilarse.

Y como preguntamos la causa, encogióse de hombros y replicó:

- Dicen... que la casa está maldita; que hay un *duende*...

Juan y yo nos miramos satisfechos y salimos, dando al cochero las señas de la casa en cuestión.

Solitaria, algo apartada de las otras, pintada de blanco y con dos pisos de persianas herméticas, en un jardín de ortigas y jaramago la misteriosa vivienda escondía su secreto; de la verja mohosa pendía un cartelón negro y un borroso letrero blanco rezaba: «*To let*» (se alquila); pero las palmadas, silbidos y campanillazos nuestros resultaron infructuosos, y cuando había transcurrido un cuarto de hora, que se nos hizo eterno, abrióse la ventana de un *cottage* vecino y apareció una vieja de blancos cabellos, cofia negra y rostro sonrosado, que nos llamaba por señas; luego cerró y cuando nos dirigimos a su puerta, no tardó en presentarse, haciéndonos una graciosa cortesía del año 50; Juan, que hablaba un *inglés* perfecto, le expuso nuestros deseos.

- El caso es, dijo sin aspavientos la preciosa vieja, que la casa debería alquilarse; aunque aparece abandonada, tiene dos habitaciones, el comedor y la cocina amueblados, y su precio es irrisorio. Pero son tantas las habladurías de la gente, que una acaba por preocuparse de lo que dicen. Lo del crimen sí es cierto, añadió confidencial; hace veinte años que un cajero honradísimo, sin motivo aparente, degolló, en esa casa, a su mujer y a su hijo: un bebé de dos años, y como la esposa, aterrada, huía con el niño decapitado en brazos, corrió tras ella escaleras abajo y le dió alcance en el vestíbulo, degollándola también.

La británica dignidad de la vieja detuvo nuestra ironía y comentarios...; hablaba convencida; tan circunspecta y desilusionada, continuó:

- El *cottage* estuvo sellado; acabó el proceso y cambió de dueños; yo lo he visto alquilado tres ve-

ces y sé que lo abandonaron súbitamente los distintos inquilinos sin dar explicación alguna... Pero por aquí asegúrase que vieron el fantasma de la mujer que corría por la escalera algunas noches... ¡Cosas de comadreo, señores!.. Pero si ustedes quieren prescindir y les conviene, mi hijo puede extenderles el contrato.

¡Acabáramos! Con honda satisfacción dimos gracias a la inglesa de la cofia, que al oír que volveríamos luego para pagar un trimestre, se deshizo en sonrisas y trasnochadas reverencias.

Si reinos hubiera sido impertinencia hacia la buena señora que, persuadida de cosa anormal, no titubeó en avisarnos con tanto comedimiento, abandonar la ocasión propicia de estar cerca de Dora por una estúpida preocupación, hubiese sido locura.

- Algo hay, desde luego, decía mi sobrino al meterse en el coche, para que la casa esté en *entredicho*...

- Sí, contesté yo, algún guasón o ratero que pondremos a buen recaudo.

No se habló más. Nos instalamos con Leocadio, mi *factótum* gallego celeberrimo, que en horas puso la casita habitable y encargóse de cazar la *fantasma* si tenía la mala idea de presentarse.

Las tres primeras noches las pasamos en la clínica, porque Dora, gravísima, nos hizo temer una catástrofe; de madrugada nos íbamos a descansar. Nuestros vecinos curioseaban poco, y la señora de la cofia nos había preguntado a través de la enredadera de su *cottage* si ocurría cosa anormal. Nuestra negativa le hizo suspirar fervorosa un *Thank heaven* nacionalísimo (2).

Llegó el cuarto día; mi hermana, limpia de fiebre, experimentó tan notable mejoría, que permanecimos a su lado hablando tanto tiempo, que se recogió después de las ocho. Era una noche de luna deliciosa y tibia, y nos dirigimos despacio a la nueva morada; cenamos contentos y la vigilia se prolongó; junto a la ventana abierta del comedor, fumando en sendas butacas, charlamos mi sobrino y yo hasta tarde, porque la mejoría de la enferma nos llenaba de exultación y confianza. De lejos venía el sordo rumor de la colmena ciudadana; cerca, el ir y venir de Leocadio fué cesando poco a poco; un reloj dió la una, y mi sobrino se despidió con el afectuoso «Hasta mañana» de siempre.

Ya solo, cerré las vidrieras y la puerta de la escalera; en ambos lados de la estancia hallábanse nuestros respectivos dormitorios, y abierta sobre el comedor, sin ventana ni puerta ni muebles, había una alcoba pequeñita. Entré en mi cuarto y me acosté; estoy cierto de que dormía sin sueños al poco rato... ¿Qué pudo despertarme? Es el caso que dejé el lecho de pronto, y tomando mi revólver salí sin ruido al comedor. La luna entraba a raudales por la vidriera inglesa sin postigos; su claridad era tanta, que descubría los menores objetos; cuando atravesé la habitación llegó hasta mí la sonora respiración de Juan; miré al jardincito y entonces oí a mi espalda un murmullo; un silbado y cauteloso «*Pst, Pst*», que me hizo retroceder sorprendido, pero no vi nada; pasó un segundo, de nuevo oí el silbante «*Pst, Pst*», y me volví del todo. Una figura de mujer toda blanca y velada, salía de la alcoba, con el índice sobre los labios y llevando en los brazos una criaturita... ¡sin cabeza!..

¿Qué era aquello? Sentí que el pelo se me erizaba y un súbito estupor contraía mi garganta; que el sudor helado humedecía mis miembros y un soplo misterioso y trágico oreaba mi sien... La fantasma pasó rozándome ligerísima. ¿Abrió la puerta? No lo sé; pero sé que me rehice, debí imprecicar en voz alta... y precipitándome tras la aparición, que corría desalada por la escalera, le disparé tres tiros certeros a quemarropa.

En el vestíbulo me contestaron dos detonaciones y arriba apareció Juan revólver en mano y gritando:

- ¿Estáis herido?

- ¿Yo?.. ¡No!

- Tampoco yo, señorito, dijo Leocadio desde abajo.

Recorrimos la casa en el acto y no hallamos nada. Mis balas habíanse incrustado en la puerta del jardín y en el techo las del criado...

- ¿Qué ha sido?, me preguntaron Juan y Leocadio.

- ¿No visteis nada?

- ¿Nosotros? *Nada*.

- Yo he visto algo, lo juro; fantasma... o no..., ya sé lo que es... miedo.

Perplejos, compasivos, me miraron ambos... Al día siguiente moría mi adorada hermana...

(1) Hotelitos modestos.

(2) Gracias al cielo.



Los retrasados, cuadro de Alberto Guillaume. (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. París, 1914.)  
(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)

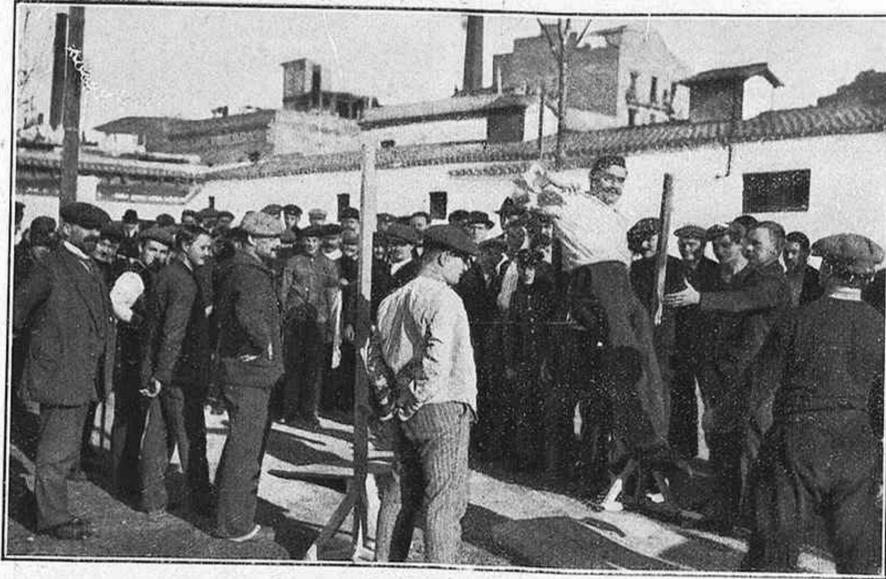


Regreso de la pesca, cuadro de L. Martínez Cubells Ruiz

BARCELONA. - LA CASA DE LOS ALEMANES. (De fotografías de nuestro repórter A. Merletti.)

Al estallar la actual guerra, eran en gran número los alemanes y austriacos, sobre todo los primeros, que se encontraban de paso en España y Portugal y que por razón de las circunstancias se vieron imposibilitados de regresar a su país para incorporarse al ejército, pues, dada

en cómodo e higiénico albergue, realizando así una obra eminentemente humanitaria que honra a los que la iniciaron y a todos los que han colaborado en ella, y que demuestra el alto espíritu organizador de los que la han llevado a cabo. Los antiguos corrales han sido transformados



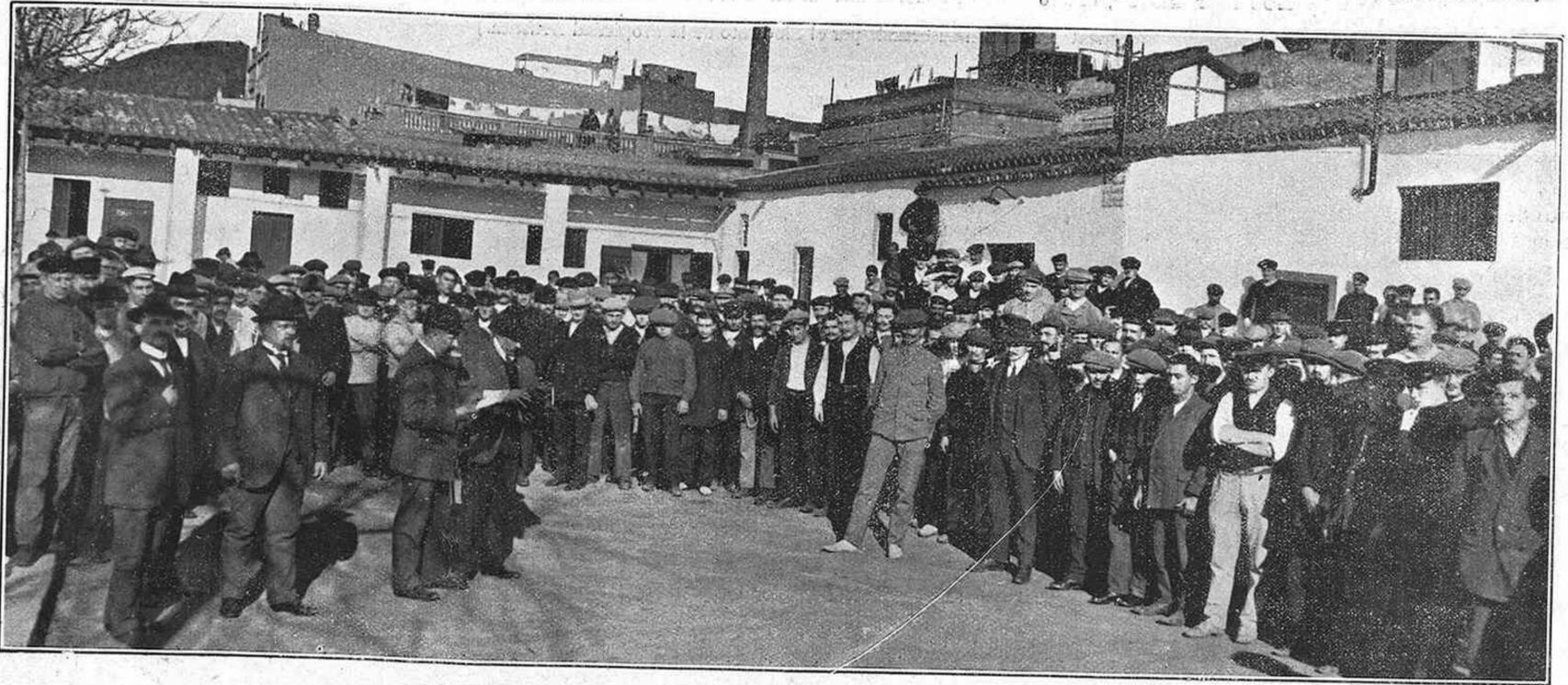
Ejercicios de deporte



Concierto por los músicos de la Casa

la vigilancia de los buques de guerra aliados, corrían el riesgo de caer prisioneros de éstos si intentaban hacer el viaje por mar, único camino que les quedaba para volver a Alemania, pasando por Italia. La mayoría de estos extranjeros, en su mayor parte marinos y viajeros de comercio, no contaba con recursos suficientes para mantenerse lejos de su patria, y en vista de ello, los representantes consulares de Alemania y Austria pensaron en la mejor manera de aunar los esfuerzos de sus compatriotas pudientes para que resultasen más productivos y eficaces los

en dieciocho dormitorios claros y bien ventilados; y el local antes destinado a la matanza se ha convertido en comedor espacioso, que es, a la vez, salón de actos. Hay, además, todas las dependencias necesarias en esta clase de establecimientos, como dirección, botiquín, sastrería, zapatería, cocina y almacén de víveres, y un gran patio en donde los albergados, que son más de 400, se dedican a los deportes y de cuando en cuando da conciertos una orquesta que ellos mismos han organizado. En la Casa de los Alemanes, como se la llama, reinan el mayor orden,

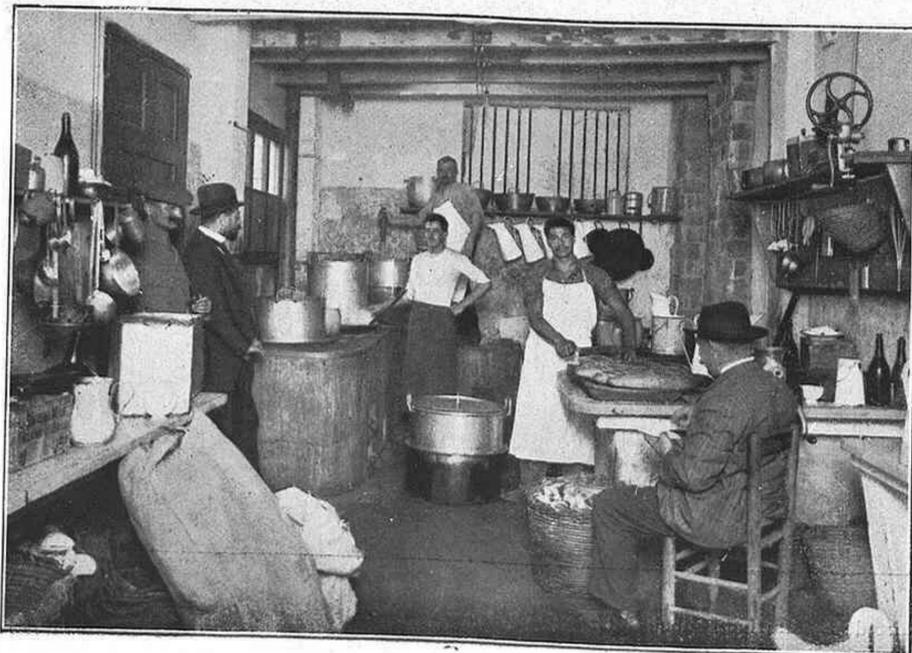


El cónsul de Alemania pasando lista y dando lectura al boletín de la guerra

auxilios que entre todos prestasen a aquellos necesitados. A este objeto, fueron reconcentrados en Barcelona todos los alemanes y austriacos que se hallaban diseminados en España y Portugal sin medios para atender a su subsistencia, y los cónsules alemán y austriaco en esta capital solicitaron de nuestras autoridades locales la cesión del antiguo matadero de Gracia.

Una vez lograda esta cesión, los referidos cónsules, de acuerdo con sus gobiernos y con sus compatriotas pudientes, consiguieron en poco tiempo transformar aquel local sucio y ruinoso

una limpieza extremada y una disciplina verdaderamente militar; la alimentación que en ella se da es variada, abundante y bien condimentada. Recientemente se ha instalado en ella el teléfono. Todas las mañanas se distribuyen los servicios, desde el de limpieza al de vigilancia, y a las nueve se presenta en la Casa el cónsul de Alemania para revistar a los albergados en el patio y les lee el boletín de la guerra. Luego el jefe de servicio le entera de cuanto ha ocurrido durante el día anterior, y se adoptan las resoluciones convenientes para el servicio del día.



La cocina



Un dormitorio

LA GUERRA EUROPEA

Los aliados han sufrido un contratiempo en la región de Soissons, contra tiempo que ellos mismos han confesado sinceramente, aunque sin concederle la importancia que le atribuyen los alemanes.



El emperador Guillermo II de Alemania en uniforme de campaña y ostentando sobre su pecho la Cruz de hierro. Fotografía hecha recientemente con autorización del mariscal de la Corte.

En los comunicados oficiales franceses en que se da cuenta de este hecho de armas se dice, entre otras cosas: «La crecida del Aisne, al destruir algunos de nuestros puentes y pasarelas, hizo muy precarias las comunicaciones con nuestras tropas que operaban en las primeras pendientes de la orilla derecha, impidiéndonos enviar refuerzos. Esta ha sido la causa esencial del repliegue de nuestras tropas que luchaban en condiciones muy difíciles y se vieron obligadas a abandonar algunos cañones, que inutilizamos por no poder ser transportados a causa de la rotura de los puentes. Los alemanes hicieron prisioneros, especialmente heridos, que en el repliegue no pudieron ser evacuados. Por nuestra parte también hicimos numerosos prisioneros ilesos pertenecientes a siete regimientos. En resumen, se trata de un éxito parcial del adversario que no puede influir en el conjunto de las operaciones. Por el obstáculo que el Aisne opone y por las disposiciones tomadas, el enemigo se ve en la imposibilidad de aprovechar al Sur del citado río el éxito que sólo tiene un carácter local.»

Los alemanes, como antes decimos, dan mayores proporciones a esta victoria y afirman en sus partes oficiales que durante los combates de tres días que terminaron con la retirada de los franceses y la ocupación por ellos de la orilla derecha del Aisne y de varios pueblos de las inmediaciones de Soissons, hicieron al enemigo 5.200 prisioneros y les tomaron 35 cañones, habiendo, además, dejado los franceses sobre el campo de batalla más de 4.000 muertos. Un detalle interesante de esta operación es que fué presenciada personalmente por el emperador Guillermo II.

En el resto del teatro de la guerra occidental, la situación es, con escasas variantes, la misma que describimos en la crónica anterior; los hechos más salientes son los ligeros avances de los aliados en Nieuport y Lombartzide (Bélgica), en la región de Arrás y en los Vosgos, y ligeros progresos también de los alemanes en otros puntos del frente, especialmente en la región de las Argonas. Aparte de esto, continúan los ataques y contraataques y los duelos de arti-

llería, sin resultados dignos de mención especial.

En el teatro de la guerra del Este no se ha efectuado operación alguna de importancia. En la Prusia oriental, los rusos dicen haber hecho retroceder las vanguardias alemanas; y los alemanes, por su parte, afirman que han rechazado los ataques rusos al Sudeste de Gumbinen y al Este de Lowcen. En la Polonia rusa, los austro-alemanes dicen que rechazaron a los rusos que intentaban pasar el río Nida, causándoles grandes pérdidas; que han rechazado algunos contraataques en la región de Rawa y contra Badzanow; y que han efectuado con éxito algunos ataques al Oeste del Vístula, realizando ligeros avances. Los rusos afirman que han rechazado ataques de los alemanes a orillas del Vístula y en otros puntos de Polonia, y que han realizado avances al Sudeste de Mlawa. En los Cárpatos, a causa de las lluvias torrenciales no han podido atravesar los desfiladeros de Hungría.

Según el corresponsal que en San Petersburgo tiene un importante diario de Milán, los alemanes, después de muchas semanas de lucha, lograron establecerse en la orilla derecha del Rawka, pero no han podido seguir adelante. Sin embargo, en Varsovia se sigue creyendo que el general Hindenburg aglomera grandes masas para reanudar la ofensiva cuando menos se espere.

Según parece, los austriacos se proponen intentar un nuevo y decisivo esfuerzo contra Serbia, a cual efecto preparan un ejército de 100.000 hombres al mando del archiduque Eugenio y del que formarán parte además dos cuerpos



El general francés Pau, que recientemente ha ido a Rusia para tratar de las futuras operaciones con las autoridades militares rusas.



Niños de las provincias orientales de la Polonia alemana refugiados en Berlín (De fotografías de Berliner Illustrations-Gesellschaft y Hofer.)



Un individuo de la Media luna Roja recogiendo donativos para los heridos de la guerra en las calles de Constantinopla

de ejército bávaros y uno de reserva del ejército prusiano.

Han continuado en el Cáucaso los combates favorables a los rusos, quienes han destrozado un nuevo cuerpo de ejército turco que procuraba salvar los restos de las tropas derrotadas en Sarykamisch, haciendo más de 5.000 prisioneros y cogiendo muchos cañones y gran cantidad de pertrechos de guerra.

En la región de Karaurgán también han sufrido los turcos una importante derrota, habiéndose apoderado los rusos de muchos prisioneros, cañones, convoyes de aprovisionamientos y de un hospital de campaña con 600 heridos.

Los turcos han ocupado la ciudad de Tabriz (Persia) y el gobierno persa ha enviado contra ellos tribus de montañeses abundantemente provistos de armas.

El submarino francés *Saphir*, que quería forzar el estrecho de los Dardanelos, ha sido echado a pique por las baterías turcas.

Varios submarinos alemanes intentaron un ataque nocturno contra Dover, pero fueron descubiertos y hubieron de retirarse ante el fuego de las baterías de la costa.



UNA ELEGANTE, cuadro de Ramón Casas

Este cuadro y el retrato de la página siguiente figuran en la exposición Rusiñol, Casas y Clarasó que actualmente se celebra en el Salón Parés en conmemoración del 25.º aniversario de la primera celebrada por dichos artistas. En esta exposición nos ocuparemos más extensamente en el próximo número

BARCELONA. - SALÓN PARÉS



RETRATO DE LA EMINENTE DIVA MARÍA BARRIENTOS, pintado por Ramón Casas

MADRID. - NOTAS DE ACTUALIDAD

Con muy buen éxito se ha estrenado en el Teatro Cervantes *Los ídolos*, comedia en dos actos de los Sres. Pellicer y Villar. Como en *Los semidioses*, en cuyo estreno nos ocupamos oportu-



Madrid. - Una escena de *Los ídolos*, comedia en dos actos de los Sres. Pellicer y Villar, estrenada con buen éxito en el Teatro Cervantes

namente, la acción de *Los ídolos* versa sobre asunto de toreros; el argumento se reduce a las pretensiones de un matador de moda, ídolo del público, a la mano de una duquesa a quien seduce la aureola que rodea a su pretendiente y a quien al fin curan de su atolondramiento los buenos consejos de un torero machucho.

La comedia se desarrolla en un ambiente andaluz lleno de luz y de color, abunda en chistes y donaires de la mejor ley y ofrece algunos tipos trazados de mano maestra. Las señoras Roca, Toscano y Valdivia, y los Sres. Simó Raso, Hidalgo y Aguirre desempeñan con admirable acierto sus respectivos papeles.



El ilustrado escritor D. Ricardo León, cuya solemne recepción en la Real Academia Española se ha efectuado recientemente.

cuente y sentido elogio del académico a quien sucedía, D. Eduardo Saavedra, desarrolló de una manera magistral el tema «La lengua clásica y el espíritu moderno». Es imposible dar una idea de las maravillas de fondo y de forma del trabajo del Sr. León, hermoso y entusiasta himno en honor de los clásicos castellanos y de la lengua de Castilla, refiriéndose a la cual dice al final de su discurso:

«Forjada en tantos yunques, derretida en tales hornos, vino a ser la Lengua, lo mismo que la Raza, libre, copiosa y multiforme, dentro de su robusta unidad. Y así como la Raza, al derramarse por el mundo, llena de fe y de ambición, supo vencer y descubrir tierras y mares para lastrar sus bajeles de peregrinos tesoros, también la Lengua,

avasallando imperios, se engalanó con todo aquello que le plugo, y trajo a Castilla, con el oro y la plata, muchas piedras preciosas de diverso origen. Asentó sus cimientos en las ruinas de las primeras hablas peninsulares; puso el pie sobre las fuertes raíces del eúskaro; labró los rotos mármoles latinos; atavióse con elegancia helénica; supo emular los apasionados acentos del Yemen; apacentó sus místicas ternuras en la sacra lengua de Israel, llena de tropos y aspiraciones, de sonidos misteriosos y guturales; imitó las melodías del italiano, las voces compuestas del alemán, pero sin perder nunca su ser propio, tomando las cosas propias o extrañas para hacerlas suyas con invencible señorío, acomodándolas antes a su genio y virtud.»

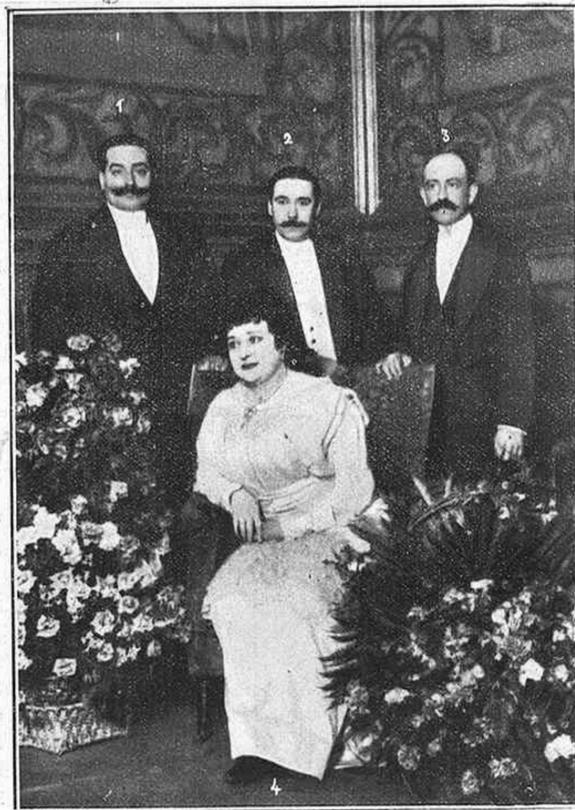
Contestóle el director de la Academia D. Antonio Maura con otro discurso no menos notable del que creemos interesante reproducir los dos primeros párrafos, porque en ellos se demuestran los merecimientos del Sr. León para ingresar en la Real Academia. Dicen así:

«Desde que se publicó su primer libro, *Casta de hidalgos*, blasón inicial de su escudo literario, transcurrieron cuatro años, no más, hasta el día en que la Academia se halló unánime, con espontánea conformidad, para elegir al novel escritor, todavía mozo, de modesta, aunque honradísima condición social, cuyo único valimiento era el de sus obras, sin otras alas que su pluma para remontar el vuelo.

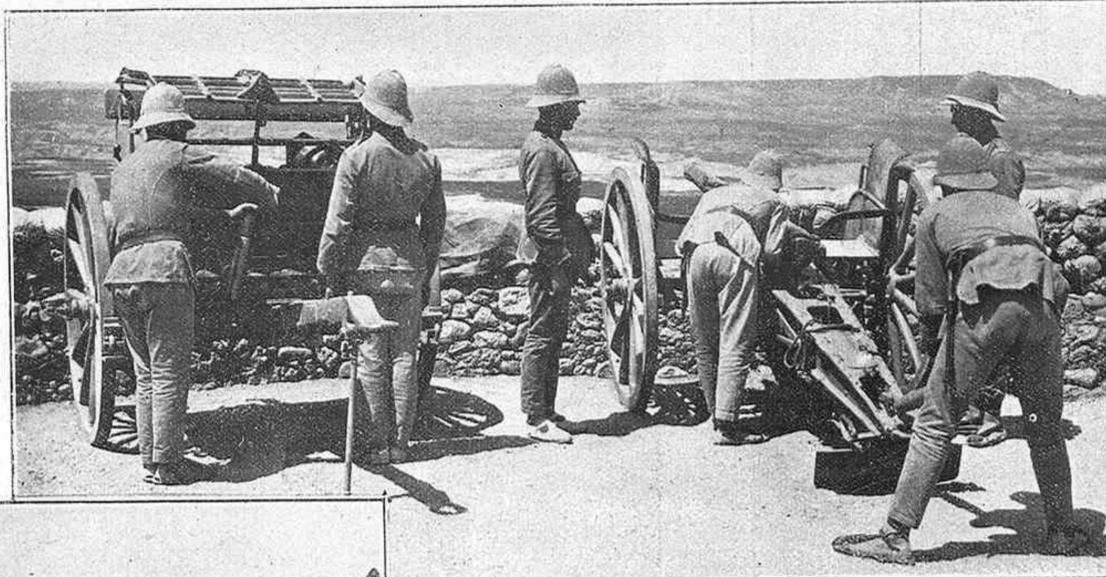
«Los demás votos se allegarían, sin duda, como el mío, de que puedo dar testimonio. Había el señor León publicado *Casta de hidalgos*, *Comedia sentimental* y *Alcalá de los Zegries*, durante los años 1908 y 1909, mientras estaba yo atendido a rigurosa abstinencia de tan regalados manjares. Desconocía yo al autor y a los libros; una tregua veraniega me deparó ocasión para leerlos, y cuando desde lejana soledad campestre expresé mi pobre juicio, en carta dirigida al que entonces era nuestro secretario, me contestó poseído de igual admiración y tan determinado como yo para llamar sin tardanza al seno de la Academia al autor de obras tales, que, lejos de sendas trilladas, se aparecía de imprevisto por la más alta cumbre. No hubo perplejidad; el acuerdo precedió a la deliberación.»

El Consejo del Banco de España, de donde es empleado el Sr. León, ha acordado como homenaje al nuevo académico publicar por su cuenta una edición completa de sus obras.

La sección de Música del Ateneo de Madrid ha celebrado una fiesta en honor de los ilustres compositores D. Manuel Falla y D. Joaquín Turina. Después de un discurso del presidente de la sección D. Miguel Salvador ofreciéndoles el homenaje, el Sr. Falla ejecutó al piano cuatro piezas españolas compuestas por él; la tiple Sra. Vela cantó algunas canciones de Falla y de Turina y éste tocó al piano algunas composiciones suyas. (Fots. de J. Vidal).



Madrid. - Homenaje a los compositores Srs. Falla (3) y Turina (2) organizado por la sección de música del Ateneo que preside el Sr. Salvador (1) con el concurso de dichos maestros y de la aplaudida tiple Luisa Vela (4).



Artillería emplazada en la posición de Tasarud disparando contra el enemigo que desciende de la meseta de Tikermin para tirotear a la policía indígena que avanza sobre el río Kert. (Fots. de Lázaro.)

MELILLA. - OCUPACIÓN DE NUEVAS POSICIONES

Con objeto de asegurar la tranquilidad a los indígenas que viven en las inmediaciones de Irit Aisa y Tasarut, el general Jordana dispuso la ocupación de dos nuevas posiciones sobre la llanura de M'Talza, a la orilla derecha del Kert.

La operación fué rápida y brillantemente realizada por tropas peninsulares e indígenas que al mando del coronel Ardamaz tomaron casi por sorpresa las posiciones indicadas, Azib Bu-Hassareu y Ben Aiat, situadas a una distancia de cinco o seis kilómetros de los poblados de Irit-Aisa.

Mientras los ingenieros fortificaban los puntos ocupados, los rebeldes hostilizaron a nuestras tropas, pero fueron rechazados con grandes bajas; las nuestras consistieron en un askari muerto y dos oficiales, tres soldados y once indígenas heridos.

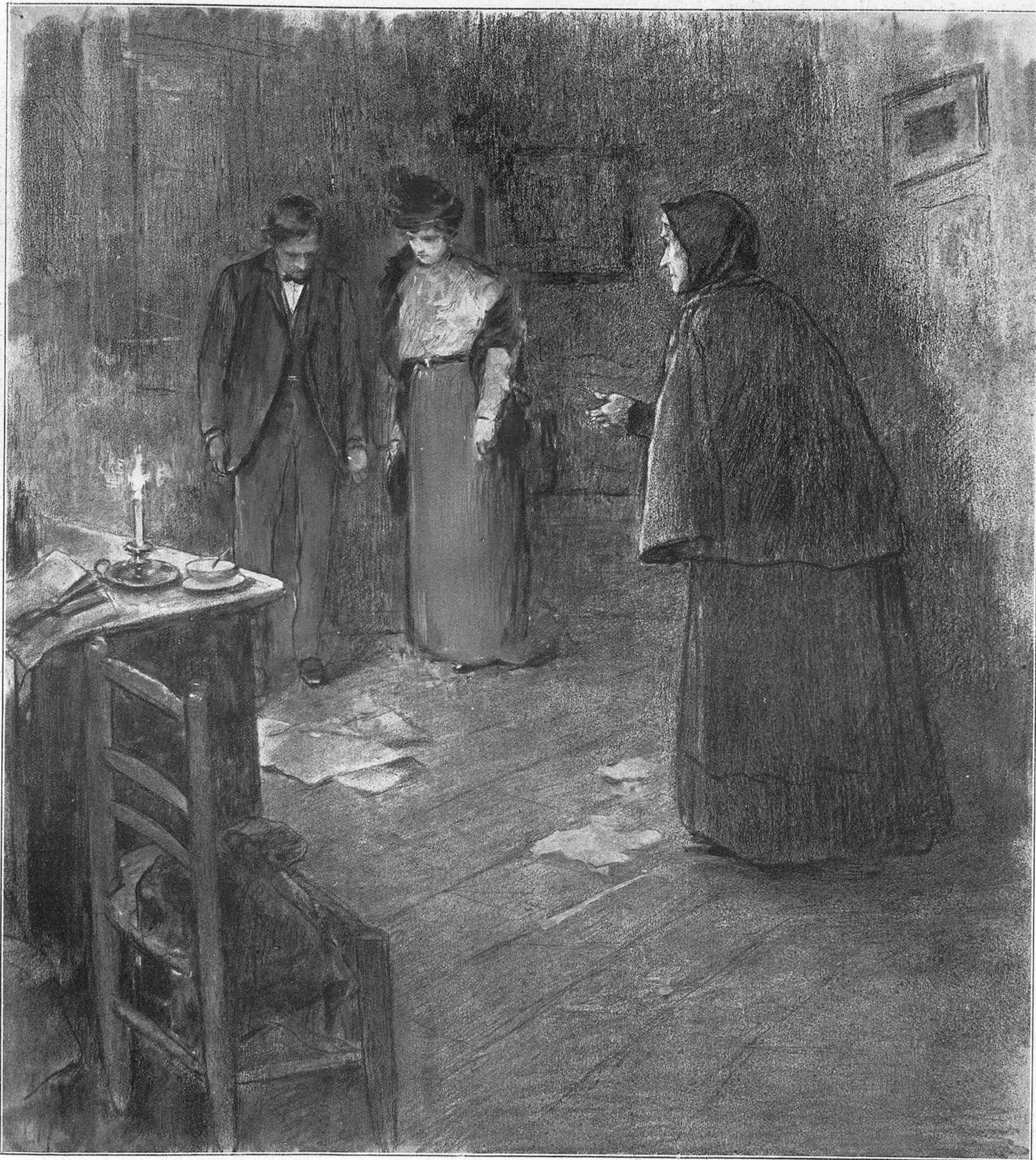
Terminada la fortificación, retiróse parte de las fuerzas, quedando el resto en las nuevas posiciones, cuya ocupación tendrá beneficiosos resultados para la consolidación y acrecentamiento de nuestra influencia en el Rif.



Melilla. - Ocupación de nuevas posiciones en el río Kert y en la llanura de M'Talza. Moros de la jarca amiga que voluntariamente se prestan a combatir al lado de nuestras tropas agradecidos a los beneficios que les reporta la acción española.

# LA NIANIA

NOVELA ORIGINAL DE ENRIQUE GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE A. MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)



Los dos jóvenes habían desunido sus manos mientras ella hablaba, y permanecían ambos cabizbajos como culpables

- Antonina, le dijo, después de haberla hecho tomar asiento a su lado, el deber de las muchachas es someterse a sus padres, que saben mejor que ellas lo que les conviene; has sido una buena hija, y serás una buena esposa y una buena madre. Llegó para ti la hora de separarte de tus padres; espero que les agradecerás hasta la muerte los cuidados que han desplegado para asegurar tu felicidad. El general Titolof va a venir hoy a pedir tu mano; contestarás como conviene y recibiréis ambos la bendición de los esponsales.

Antonina se levantó.

- Mamá, dijo prosternándose tres veces, según la

antigua costumbre, usted sabe que yo amo a Dournof. No me obligue usted a casarme con otro hombre contra mi voluntad.

- ¡Eso es una broma!, exclamó la señora Karzof; ¡tú no le amas!

- Le amo, y le he dado mi palabra. Consentimos gustosos en esperar; por consiguiente, mamá, no le pedimos más que un poco de paciencia. No ordene usted nuestra desdicha, y la bendiciremos los dos.

La señora Karzof tuvo miedo interiormente; se dió cuenta de que había tratado con demasiada ligereza el amor de los dos jóvenes, y adquirió, por otra parte, la seguridad de que ignoraba por completo el

carácter de su hija. Este último descubrimiento fué fatal para el primero, pues si la había impresionado el ver que aquel amor despreciado tenía profundas raíces, sintióse en extremo mortificada por lo que ella llamó la socarronería de Antonina. Olvidó que, desde hacía mucho tiempo, hubiera debido inspirar a su hija la confianza que hoy le faltaba, y la acusaba de mal carácter.

- No se ama a un descamisado, dijo malhumorada. ¿Cómo no has comprendido que no te quiere más que por tu dote? Si fueras pobre...

- Madre, interrumpió Antonina, con los ojos flameantes de cólera, no insulte usted a Dournof: vale

más que yo. ¡Usted es la que quiere darme a un general porque es rico!

La señora Karzof se levantó también, y las dos mujeres se midieron un instante con la vista. Si la madre no le dió un bofetón a la hija, fué porque había encontrado el medio de castigarla más cruelmente.

— Tu Dournof no quiere más que nuestro dinero, repitió en tono de desprecio: los hombres de su especie buscan siempre a las hijas de buena familia.

— Madre, repitió Antonina, no insulte usted a un hombre honrado, pues me casaré con él sin dote y a pesar de usted.

La señora Karzof, furiosa, replicó con una risa aguda:

— Si te casas con él sin dote, sabe muy bien que heredarás un día u otro. Eso sería nuestra muerte ¿entiendes?, la muerte de tu padre y de tu madre, porque si te casas con él, ¡yo te maldigo a ti, a él y a vuestros hijos!

Antonina vaciló; sus fuerzas la abandonaban, pero no quiso proporcionar a su madre el placer de verla vencida: se apoyó en una silla y la miró de frente.

El rostro de la señora Karzof expresaba toda la cólera y casi el odio que es de suponer. En aquel momento, no veía en su hija el fruto de sus entrañas, veía una ingrata que había hecho educar, que se lo debía todo, incluso la existencia, y que se atrevía a hacerle frente. La Niania tenía razón. Las que no hacen más que dar a luz a sus hijos son menos madres que las que los educan; son los goces y las penas de la maternidad lo que las hacen verdaderamente fuertes.

— ¡Sea, madre!, dijo Antonina sin bajar los ojos; no me casaré con Dournof sin la bendición de usted, puesto que me amenaza con un castigo tan cruel, pero tampoco me casaré con Titolof.

— Te casarás con él después de la cuaresma, o te maldigo.

— No me casaré con él, madre; preferiría morir.

— No se muere de eso, dijo la señora Karzof sonriendo amargamente; yo contesté exactamente lo mismo a mi pobre madre hace treinta y siete años, cuando se trató de casarme con tu padre.

— No todas las almas son iguales, dijo lentamente Antonina.

— ¡Afortunadamente! Pues creo que la tuya es obra del demonio. Mientras tanto, es tu Dournof quien te inspira esa bella resistencia; obré con poca inteligencia no cerrándole la puerta de esta casa el día que hizo su ridícula petición. Entre los dos habéis complotado hacerme perder la paciencia. ¡Espera!, voy a escribirle que no vuelva a presentarse ante mi vista.

Sentóse y escribió a escape cuatro palabras que envió en seguida a casa de Dournof. Luego hizo una reflexión.

— Podrías verle en casa de la señora Frakine; como esa buena señora admite a cualquiera en su casa... Pero no volverás a ir sin mí, y, además, voy a notificarle que, si quiere conservar mi amistad, cierre su puerta a ese buscador de conquistas.

Expidió con igual rapidez que el primero un segundo billete, y miró luego a su hija, que continuaba en pie delante de ella.

— Vete a tu cuarto, dijo, y procura reflexionar.

Titolof llegó por la tarde; habíase preparado una mesa con las imágenes. Los señores de Karzof le esperaban en el salón. Cuando hubo llegado, mandaron llamar a Antonina, que apareció pálida como la ceniza y desfalleciente, pero en actitud digna y altiva.

Al oír pedir oficialmente su mano, tuvo deseos de abjurar a aquel hombre, de decirle que amaba a otro y de pedirle misericordia; pero su carácter concentrado, enemigo de toda demostración exterior, la hizo retroceder ante aquella escena que, de antemano, le parecía tonta y teatral. Se prometió explicarse con él a solas.

Los señores de Karzof contestaron por su hija que no despegó los labios, bendijeron a los novios con las santas imágenes, y entablóse entre los tres personajes una conversación tan poco interesante y tan pesada, que el novio pretextó un deber de servicio y se retiró al cabo de un cuarto de hora, después de haber besado respetuosamente la mano inerte de Antonina. Después que él se hubo marchado, la muchacha se retiró a su cuarto y se negó a comer.

Mientras el Sr. Karzof y su mujer, bastante confusos y descontentos de aquel resultado, tomaban a solas una comida que no les parecía buena, la Niania, que nunca servía a la mesa, se escurrió al lado de Antonina. Al verla, ésta, abismada en un sillón, volvió la cabeza hacia ella y le tendió la mano.

— ¿Te han obligado, ángel mío?, dijo la vieja besando la mano de su hija adoptiva.

— ¡Sí, dijo Antonina, pero no me casaré con él!

— ¡Ay!, hija mía, suspiró la Niania, contra la voluntad del Czar y la de tus padres, no hay apelación!

— Niania, dijo Antonina después de un momento de silencio, necesito ver a Dournof.

— Pues bien, ángel mío, en casa de la señora Frakine esta noche.

— No iré a casa de la señora Frakine: mi madre teme que le vea allí. Niania, repuso Antonina irguiéndose y mirando a su vieja criada, quiero ver a Dournof hoy mismo.

— ¿Dónde, señor Dios? ¿Cómo?, exclamó la Niania levantando los brazos al cielo.

— Eso es cuenta tuya, dijo Antonina mirándola con autoridad. Ve a decir a mi madre que quisiera ir a las vísperas esta tarde.

— ¿A las vísperas? ¡Buena idea, hija mía! La oración calmará tu pobre alma afligida; voy corriendo.

Momentos después, la Niania volvió con el permiso solicitado. La hora de las vísperas era próxima. Antonina se quitó el vestido de fiesta y el lazo color de rosa que su madre le había prendido en el cabello, y se frotó un buen rato la mano en el sitio en que la habían tocado los labios de Titolof. Después esperó a la Niania.

Ésta se presentó, cerca de las siete, debidamente encapuchada, con el abrigo de su joven ama, que se le puso sin pérdida de tiempo. Salieron ambas y dieron algunos pasos; pero a la primera vuelta, la Niania detuvo a Antonina por la manga.

— Te equivocas de camino, hija mía: la iglesia es por aquí.

— Iremos a la iglesia más tarde, dijo Antonina. Sígueme.

La Niania dió algunos pasos; casi tenía que correr para seguir a la joven.

— Ángel mío, ¿adónde vas?, preguntó temerosa.

— Dijiste que darías la salvación eterna por salvarme, contestó Antonina; sígueme sin preguntarme nada más.

La Niania bajó la cabeza y no dijo nada.

Antonina atravesó dos o tres calles populosas, penetró en un callejón sombrío, y sin vacilar, ¡se había dado el gusto de pasar tantas veces por delante de aquella casa durante su invierno solitario!, entró en una casa modesta y limpia; subió una escalera de piedra, y en el segundo piso llamó con mano vigorosa. La puerta se abrió, un rayo de luz cayó sobre el rostro de Antonina que había echado su capucha hacia atrás.

— ¡Antonina! ¡Dios te envía; bendita seas!, exclamó la voz de Dournof, y sin decir más, llevóse a la muchacha, estrechándola en sus brazos.

La Niania cerró cuidadosamente la puerta y los siguió al salón.

## VII

El saloncito en que Dournof había hecho entrar a su novia era una pieza de mal gusto, como suelen serlo las de las casas de huéspedes. Algunas plantas verdes en el alféizar interior de las ventanas trataban en vano de darle una apariencia de alegría. Un pequeño escritorio, cargado de papeles; un montón de libros y legajos en el suelo, un vaso de te medio vacío en un ángulo de la mesa: tal era la habitación del joven.

Pero en aquel momento Dournof se cernía por cima de las miserias terrestres: con Antonina estrechada contra su corazón, no sentía ya la injuria ni la cólera; tiene absoluta fe en la que venía tan candidamente a él en busca de consuelo.

Permanecieron así durante un minuto, sin pensar en cambiar una caricia, la Niania, de pie, cerca de la puerta, los miraba llorando silenciosamente; la energía con que la muchacha había buscado aquel encuentro y el transporte que la acogía le probaban cuán serio y profundo era el amor que unía a los dos jóvenes.

Al fin Dournof cesó de estrechar a Antonina y le presentó una silla. El diván estaba cubierto de papeles como todo lo demás; empujó algunos, se hizo un pequeño sitio y se sentó delante de la muchacha. La Niania se quedó de pie; nunca se había sentado en presencia de sus amos.

— He venido, dijo Antonina con voz temblorosa, porque quería absolutamente hablar contigo; mi madre te ha ofendido, y vengo a pedirte perdón.

Dournof hizo un gesto de indiferencia. Poco le importaban las ofensas de los otros, si era amado de Antonina.

— En adelante ya no podremos vernos, continuó la joven; mi madre ha declarado que no volveré a salir sin ella; esta tarde he dicho que iba a las vísperas... Una vez puede pasar.

Antonina calló. La idea de no volver a ver a Dournof era tan dolorosa que le hacía olvidar el otro peligro, el matrimonio que querían imponerle.

— ¿Pero a qué viene todo eso?, preguntó el joven.

— Titolof ha pedido mi mano, dijo ella mirándole de frente.

— ¿Y bien?

— Y se la han concedido.

— ¡Es imposible!, exclamó Dournof dando un salto. ¡No han hecho tal cosa!

— La han hecho.

— ¿Y no te has resistido?

— He dicho a mi madre que antes moriría que casarme con él.

— ¿Qué ha dicho ella?

— Que todas las muchachas dicen lo mismo, y ha prescindido de mi asentimiento.

Dournof empezó a pasearse por la estrecha habitación, iluminada por una sola bujía vacilante. Se había cruzado de brazos, inclinando la cabeza sobre su pecho, para comprimir todas las palabras amargas que en él bullían y que Antonina no debía oír. Dió cinco o seis vueltas por el salón y se detuvo luego delante de la muchacha.

— Antonina, dijo, aun tengo dinero; partamos en seguida, mi madre te recibirá bien, nos casaremos allí. ¿Quieres?

— Esperó, de pie delante de ella, con los brazos cruzados, todavía.

— No, dijo Antonina, mirándole con desgarradora expresión. Ha dicho que me maldiciría.

— ¿Maldecirte? ¿Y con qué derecho? ¿Con qué derecho esa madre impía, que quiere sacrificar su hija a su orgullo, a su interés, maldiciría el alma leal que no quiere venderse? ¿Maldecirte? ¡Pero Dios no la escuchará!

Antonina se retorció la manos, y no contestó.

— Entonces, continuó Dournof, ¿vas a casarte con ese hombre ridículo?

— No, dijo la muchacha.

Dournof volvió a pasearse, hablando esta vez:

— Hoy mismo abandono mis trabajos, y busco una plaza en un ministerio.

Antonina se levantó.

— No quiero, dijo ella con autoridad.

— ¿Por qué?

— Tu carrera es otra cosa; no me casaré contigo si te veo flaquear. Cuando se tiene una idea verdaderamente grande, no se la abandona ni por una fortuna ni por una mujer. Se sufre y se muere.

— Antonina, gritó Dournof, prosternándose a sus pies, eres más que una santa, eres una mártir.

La muchacha movió tristemente la cabeza, y pasó la mano por los espesos bucles de la cabellera de su amigo, arrodillado ante ella.

— Te amo, dijo Antonina, y quiero que seas grande.

— ¡Entonces, yo también!, repuso el joven con impetuosidad. No seré grande, si he de serlo jamás, sino por ti y para ti; sin ti, mi vida no existe.

— Tú trabajaste antes de conocerme y antes de amarme, dijo ella con dulzura. El fin que tú perseguías, subsiste aún.

Dournof se levantó, y permaneció humildemente ante ella.

— Valez mil veces más que yo, dijo él en tono de súplica, pero antes de conocerte, yo no era más que un niño. Ahora soy hombre. ¿Sabes lo que me ha hecho feliz? La idea sería que persiste en mi vida. Desde el día en que me prometiste casarte conmigo, me he sentido con la obligación de labrar tu felicidad; he pensado en el hogar que debía constituir para recibirte, en las dificultades de la existencia; he rechazado entonces como indignos muchos pensamientos que, sin ti, quizá hubiese acogido con complacencia. Cuando uno es joven, se deja tentar fácilmente; no te lo he dicho, porque nada debía turbar tu reposo, y, además, estaba seguro de tu contestación. Pero varias veces me han ofrecido dinero para arreglar negocios, negocios que no puedes imaginar. En aquel momento, era yo muy pobre; una vez, en el momento de tu fiesta, me devanaba los sesos en busca del medio de regalarte una tontería, estuve a punto de sucumbir; el negocio era honroso en apariencia, pero la cantidad que me ofrecían era demasiado considerable para pagar el simple cumplimiento de mi deber... Desconfié... y rehusé. Nunca sabrás lo pobre que yo era en aquel momento, y cuán fuerte fué la tentativa. ¡Pues bien!, si tuve el valor de rehusar, no fué porque mis principios, mi educación y todo eso me detuvieron... Fué porque te amaba, y porque si me hubieses preguntado de dónde procedía aquel dinero, no me hubiera atrevido a contestarte toda la verdad. Tú eres mi conciencia, Antonina, hasta mi honor. Dime, ¿puedo yo vivir sin ti?

Ella le miró con los ojos inundados de lágrimas, pero lágrimas de orgullo y de alegría.

- ¡Ah!, dijo ella; me consuelas de todas mis penas. Se miraron un momento, absortos, olvidando todo sufrimiento.

- Eres un hombre de bien, dijo la voz de la Niania temblando de emoción, que permanecía de pie junto a la puerta.

Los otros dos se estremecieron, pues creían estar solos. Aquella voz los hizo volver a la tierra.

- ¡Ah!, suspiró Antonina, los hombres como tú son raros. Mi eterna alegría consistirá en haber sido amada por ti. Pero, escucha, Feodor, hay otra cosa, te digo, además del amor de una mujer... ¿No has hablado de la patria? ¿No has dicho que necesita corazones generosos, dispuestos al sacrificio, servidores desinteresados? ¿No es hora de que la lepra de funcionarios que la roe sea curada por las almas valientes que trabajan por nada o por poca cosa, por el honor de ser útiles? ¿No quieres ser uno de éstos?

Dournof estrechó fuertemente las dos manos que ella le tendía.

- Pues bien, renuncia a mí, ama a Rusia... Ella te lo recompensará.

- No renunciaré nunca a ti, dijo Dournof con voz tranquila, en que se sentía una fuerza inmensa.

- ¿Pero, si mis padres no quieren?

- Te robaré, a pesar tuyo, y me casaré contigo a la fuerza.

- Feodor, dijo ella, no hagas eso; mi madre me maldiciría.

- ¡No importa!, replicó él con cólera.

- ¡Sería mi muerte! No puedo soportar siquiera la idea de la vergüenza.

Calló e inclinó la cabeza sobre sus manos apretadas.

La voz de la Niania resonó en la estancia mal alumbrada; aquella voz, saliendo de un cuerpo que casi no se veía, adquiría un acento casi profético.

- ¿No te da vergüenza, Feodor Ivanitch, decía, querer arrastrar al mal a nuestra casta paloma? Sabes muy bien que no hay matrimonio valedero ante Dios, si los padres rehúsan el consentimiento, aunque lo haya bendecido un cura. ¿Por qué tratas de seducir el alma pura de nuestra hija? Ella habla bien y tú piensas mal. Tú hablabas bien, hace poco, pero el espíritu del mal acaba de pasar por tus labios.

La Niania calló. Los dos jóvenes habían desunido sus manos mientras ella hablaba, y permanecían ambos cabizbajos como culpables.

- Adiós, dijo Antonina a su amigo, sin atreverse a levantar los ojos sobre él.

- No, adiós no, contestó Dournof; tú serás mía, ¿oyes? Y si tus padres te obligan a casarte con ese Titolof, si no tienes fuerza para resistir, cuando tan bien sabes resistirme a mí, aun casada con Titolof no dejarás de ser mía. Robaré a la señora Titolof, ya que Antonina Karzof no quiere ser mi esposa.

Antonina dió un grito y retrocedió cubriéndose el rostro con ambas manos.

- ¡Qué horror!, profirió en la sombra la voz de la Niania; hablas como un sacrilego.

- ¡No importa!, exclamó Dournof fuera de sí: otros viven y prosperan obrando mal sin excusa; viviremos y prosperaremos como ellos, nosotros que no hemos querido sino el bien aunque nos obligan a obrar mal.

- Hablas como un insensato, dijo la Niania, siempre inmóvil. Si tu madre te oyese hablar así, renegaría del hijo que ofende a Dios y a su amada.

- ¡Perdón, perdón!, exclamó Dournof. Soy un desdichado, tan desdichado, que quisiera haber muerto. Perdóname, Antonina.

Antonina extendió la mano hacia él, y trazó en el aire una señal de la cruz sobre el pecho del joven.

- ¡Qué Dios te conceda la paz, dijo ella; yo procuraré obrar bien... ¡Si al menos estuviese segura de que no serás muy desgraciado!

- ¿Entonces, no quieres?, dijo Dournof estrechándola contra su pecho.

- Sin el consentimiento de nuestros padres, jamás.

- Les pediré otra vez tu mano, exclamó él; a pesar de su grosería y de su injusticia.

- No te la concederán, dijo Antonina. Quieren por yerno un general.

- ¿Y tú qué harás?

La muchacha se sonrió de un modo extraño.

- Nada temas, dijo ella, ne me casarán a la fuerza. Te juro que no seré la mujer de Titolof.

- No jures, dijo la Niania. Nadie puede responder de sí mismo.

- Lo juro, exclamó Antonina prosternándose delante de la imagen que ocupaba un rincón de la es-

tancia. Juro aquí por segunda vez no pertenecer sino a Dournof.

- Y yo, dijo el joven estrechándole la mano, juro pertenecer a Antonina hasta la muerte.

- No está bien, no está bien, dijo la Niania saliendo de la sombra y meneando su cabeza ansiosa. No hay que hacer juramentos. Vamos, paloma, vamos a la iglesia a pedir a Dios perdón de ese pecado. Y tú, muchacho, tan pronto hablas bien como hablas mal: tu alma aun no está libre de las asechanzas del demonio; rogaremos al Señor que te ilumine.

- Adiós, dijo Antonina levantándose dócilmente; adiós, mi prometido ante el cielo, hasta que la voluntad de Dios nos reúna.

- Lo cual no tardará, replicó Dournof, de una manera o de otra...

- Jamás, repitió Antonina, jamás sin el permiso de mi madre: me ha dicho que maldiciría a mis hijos... jamás.

Él volvió a estrecharla en un abrazo supremo, pero sin intentar besarla. Esos seres puros y altivos temen flaquear. Se separaron; Antonina pasó delante, y la Niania la siguió, después de haber hecho la señal de la cruz como cuando se sale de un lugar sagrado.

Una vez sólo, Dournof miró un instante la puerta, que no pensaba en cerrar. Le parecía que toda su felicidad y toda la sangre de sus venas habían partido por allí. Un estremecimiento le sacudió el cuerpo, y se decidió a cerrar la puerta.

Pero entonces se sintió más solo que nunca; se echó al suelo, en el sitio que habían hollado los pies de Antonina, y lloró amargamente, él que nunca había vertido lágrimas todavía, ni aun en sus más grandes dolores.

## VIII

Los días transcurrían; la señora Frakine había ido a ver a Antonina, y se había asombrado de encontrarla a la vez enflaquecida y de una frescura extraordinaria: sus ojos brillaban con un resplandor nuevo, y las mejillas habían adquirido tintes rosados que, hasta entonces, nadie había visto en aquel rostro ordinariamente pálido.

- ¿No tiene fiebre?, preguntó la vieja Frakine a la señora Karzof, cuando Antonina hubo salido de la estancia.

- ¡No! ¿Por qué quiere usted que tenga fiebre?

- Esas muchachas, dijo la anciana, no sin vacilar, enferman a veces cuando se las contraría...

- Usted misma, amiga mía. ¿No me dijo usted que su hija estaba enamorada de Dournof?

- ¡Oh! ¡Una niñería! Hace tiempo que le ha olvidado.

La señora Karzof mentía a sabiendas, porque todos los días, al darle las buenas noches, Antonina le reiteraba sus súplicas. La señora Frakine sabía también que era mentira, porque Dournof le había confiado todos sus secretos, rogándole que diese noticias suyas a la muchacha con la frecuencia posible; pero ¿a qué refutar las mentiras de los que no quieren oír la verdad?

- ¿Entonces, repuso la buena señora, la casa usted con Titolof?

- Claro que sí: dentro de cinco semanas, inmediatamente después de Pascua. Será una boda magnífica; mi yerno hará bien las cosas.

- ¿Y Antonina, qué dice?

- ¿Qué quiere usted que diga? Las muchachas nunca dicen nada.

- Sin embargo, recuerdo que en tiempo de mis mocedades, los jóvenes se hacían un tanto la corte.

- Antiguamente era así, dijo la señora Karzof; ahora se portan con más decencia.

- ¿Entonces, no se ve usted obligada a llamar a su futuro yerno cuando Antonina se aleja?

- No sé cómo puede usted tener semejantes ideas, replicó la señora Karzof con aire de descontento. Mi futuro yerno es todo un caballero, que no se permite inconsecuencias.

- ¡Malo!, exclamó la señora Frakine..., quiero decir, muy bien. ¡Ah! ¿Conque no se permite inconsecuencias? Muy bien. ¿Y qué dice Antonina?

- ¿No le he dicho a usted que no dice nada?, repuso la madre impacientada: nada, literalmente nada.

- ¡Ah!, comprendo, dijo la vieja; no le dice absolutamente nada, ¿y él, qué dice a todo eso?

La señora Karzof se encogió de hombros; pero su buena amiga no estaba dispuesta a dejarla tranquila sin haberle arrancado todos los informes que no podía obtener de Antonina, por cuanto nunca la dejaban sola con nadie, por temor de algún ataque del enemigo.

- ¿No le gustaría un poco más de conversación a su futuro yerno?

- Ya le he dicho a usted que el Sr. Titolof es todo un caballero; por consiguiente, no puede menos de aprobar esa reserva, que el buen gusto exige, después de todo, lo mismo hoy que antiguamente.

Después de haberse vengado con este dardo, que ella creyó muy acerado, la señora Karzof se dispuso a hablar de otra cosa; pero su amiga se le adelantó.

- Sí, dijo con un aire inocente, quiere usted decir que mi difunto marido y yo, no éramos gente de alto copete... Sin embargo, mi padre era conde, el conde Derezof; pero en casa se vivía con llaneza, y de padres a hijos, como de madres a hijas, se tenía la mala costumbre de casarse por amor..., lo cual es de mal tono. Entre personas decentes, se prefieren los casamientos por fuerza; lo cual es más distinguido, según he oído decir. A propósito, ¿tendría usted bastantes confitures para ir tirando hasta la primavera? Figúrese usted que he concluido las mías. Cierta es que la bella juventud me ha ayudado a comerlas.

Cortada bruscamente la conversación, la señora Karzof no era bastante lista para hacerla recaer de nuevo sobre el primitivo asunto, y en vano se devanó los sesos en busca de un epigrama. Su amiga partió antes de que ella lo hubiese encontrado.

Literalmente, en efecto, Antonina no decía nada a Titolof. A otro, esto le hubiera apurado, pero el general no era hombre que se desconcertara por tan poco.

El general había sabido, bajo mano, que una excelente plaza iba a encontrarse vacante; pero se requería un hombre casado para desempeñarla; un hombre casado inspira mucha más confianza a todo el mundo, y sobre todo a sus superiores, sin que haya podido saberse por qué, pues..., pero en este caso especial, se requería un hombre casado. Titolof se había puesto pues en campaña, es decir, había rogado a una señora, amiga suya, que le buscara una esposa bonita y elegante, dotada de un poco de fortuna, y sobre todo de esa excelente educación, moral e instrucción inclusive, que es absolutamente indispensable en la esposa de un dignatario, aunque ese dignatario fuese solo dignatario de una manera relativa, es decir, tuerto en el reino de los ciegos.

Titolof no era un mal hombre, no era más que tonto, y aun no se le podía imputar esa desgracia como un crimen, porque no era culpa suya, y con los esfuerzos más concienzudos, no hubiera podido corregirse de ello. Pero ese penoso trabajo que consiste en procurar desprenderse de los defectos le había sido ahorrado. La Providencia benigna le había dado, en vez de inteligencia, un inalterable contentamiento de sí mismo y de los demás. Era optimista en todo, máxime en lo que le concernía, y encontraba a Antonina perfecta. No habiendo hecho hasta entonces la corte sino a personas absolutamente indignas de ser mencionadas aquí de otra manera, no sabía cómo cortejar a una señorita; prefería, y no de poco, la conversación con sus futuros suegros, con quienes cambiaba, sin vacilaciones ni tropiezos, los aforismos más absurdos.

Tal era el marido que los esposos Karzof habían elegido para su hija.

Antonina había pensado suplicar a Titolof que retirase su petición, pero la necedad y la fatuidad incurables de este personaje le habían demostrado de antemano la inutilidad de su tentativa. ¿Qué remedio le quedaba?

Esto era lo que ella se preguntaba todas las noches durante los momentos de soledad que no le podían negar. La Niania iba entonces a sentarse a los pies de su cama, y lloraba silenciosamente al ver pasar amargos y dolorosos pensamientos por el rostro de su «querida hija», siempre muda. La vieja no tenía necesidad de conversar con Antonina para saber lo que la entristecía de aquel modo. Adivinaba los movimientos de su alma, en el funcionamiento de cejas de la joven, en la agitación de sus manos febriles, o en su floja inercia, cuando, cansada de luchar en una situación sin salida, decía que no le quedaba más recurso que la muerte.

¡La muerte! ¡A los diecinueve años! La primera vez que Antonina consideró de cerca esta idea sólo entrevista hasta entonces, se estremeció de espanto, y no se atrevió a abordarla. Pero poco a poco la muerte sangrienta y horrible desapareció de su espíritu, y pensó en una muerte poética, lenta, rodeada de cuidados; la muerte que pone una aureola en la frente de las muchachas, que parece un paso insensible de la tierra al cielo, cuyos sufrimientos no se ven, y que permite desprenderse suavemente de lo que se amó.

(Se continúa...)

## RINCONES DE ESPAÑA. - RONCESVALLES, POR EL CONDE DE CARLET. (Conclusión.)

Tornó a pasar por durísimos trances con nuestras revueltas políticas y guerras civiles llegando a cerrarse hasta volver en nuestros días a caer en poder de los canónigos de San Agustín que cuidan de él con cariño y solicitud.

En pobre y sencillo armario de tosca madera guárdanse los restos del tesoro del antiguo esplendor, y a fe que si menguado en número no lo es en valor. Un antiguo libro de evangelios, en el que prestaban los reyes navarros su juramento, con tapas de plata repujada e incrustaciones de pedrería con figuras cinceladas representando al Salvador con aureola romboidal de piedras pulidas a estilo bizantino (sin tallar), precioso trabajo de antigua orfebrería en que quedan bien marcadas, con su derivación del arte bizantino, las manos de maestros franceses o alemanes. Una arquilla de plata chapeada de oro, primoroso ejemplar de orfebrería, y otra arquilla de filigrana de oro de estilo hispano-árabe. Un diptico de marfil formado por dos medias naranjas, en las que se admiran esculpidas con primor escenas del Nacimiento y Adoración de los Santos Reyes; y una capa pluvial bordada y ofrendada por Santa Isabel de Portugal, primoroso trabajo enjabado en seda, oro y plata, que representa la tragedia del Gólgota con gran número de figuras de maravillosa ejecución. Tales son las preciadas joyas que se conservan del tesoro de la que fué institución tan poderosa.

Es el estilo de la iglesia el ojival primario, sencillo y elegante, de marcado tipo francés, del siglo XIII. Lo demuestran sus bóvedas de ojiva, sin florones ni adornos en sus claves. En la reconstrucción del tiempo de Felipe II se introdujo el estilo greco-romano, afeando el templo con altares, capillas y sepulcros de barroquismo y churriguerismo de dudoso gusto.

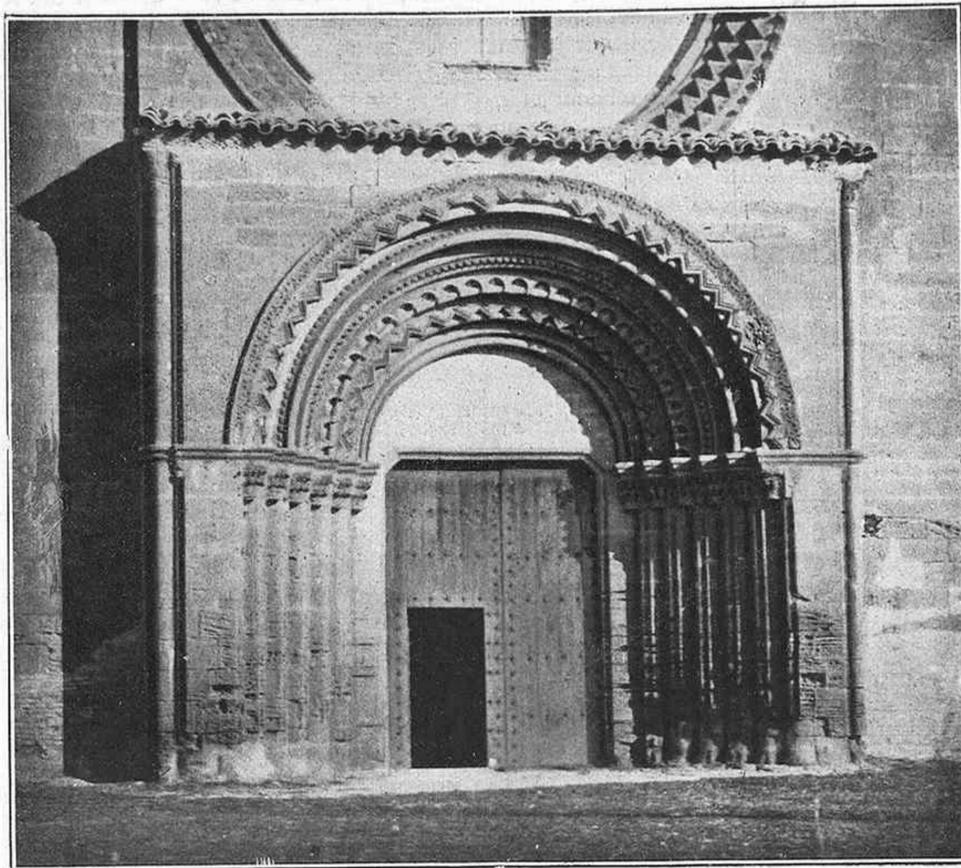
En el presbiterio de la iglesia está el sepulcro del rey fundador y de su mujer Clemencia, en una hornacina abierta al muro del lado de la epístola, sepulcro rodeado por toscas cadenas de hierro que trajo el monarca de la batalla de las Navas. Descansan en la iglesia también Carlos II y su mujer Juana Pérez de Baztán y el conde de Barri, cruzado que acompañó a Teobaldo a Tierra Santa. El altar del Relicario luce una joya de gran valor artístico: el relicario del *tablero de ajedrez*, maravillosa pieza de esmalte sobre plata, ejemplar único del arte industrial francés del siglo XIII.

y otros, guarda ornamentos de pontifical, de brocado, una cruz procesional del Renacimiento y las pesadas

adorno alguno. En ellos se encuentra la capilla de San Agustín, decorada en los siglos XIV y XV con un grandioso y elegante ventanal, que en nuestros días ha sido enriquecido por una hermosa vidriera que representa la batalla de las Navas. La puerta de la iglesia, situada bajo uno de los arcos que comunican con la Colegiata y bajo del que pasa el camino del puerto y de la fuente de la Virgen, es anterior al año 1212 y demuestra que la antigua iglesia, construida por Sancho, es anterior a dicha fecha, ya que el rey, después de la victoria de las Navas, substituyó en el antiguo escudo de Navarra el águila por las cadenas, sellando todas las obras de su reinado con cuidado especial, sello que ni en el campanario ni en la iglesia aparece por ninguna parte.

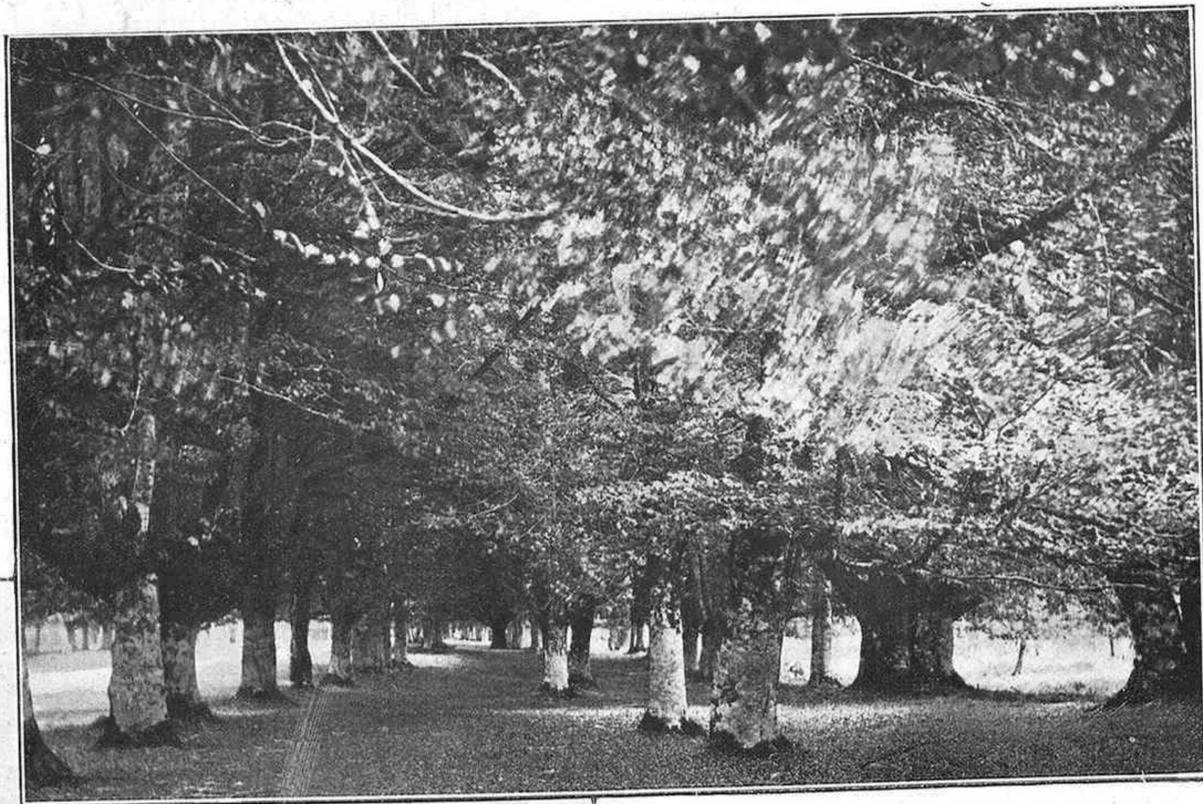
Durísima cuesta emprende la carretera que de la plaza de la Colegiata conduce al puerto de Ibarreta. Subiendo, subiendo, internándose en el admirable collado del milenar bosque, a los tres kilómetros se alcanzan los 1.250 metros de altura que tiene el *Summum Porto* o puerto de Ibarreta. De la cima en rápido descenso se dirige el camino hacia tierra francesa que lejos se divisa. Veinte y dos kilómetros de carretera zigzaguean en continuas y caprichosas revueltas

aquella vertiente para llegar a Valcarlos, último pueblo español, y algo más tarde al primero francés de

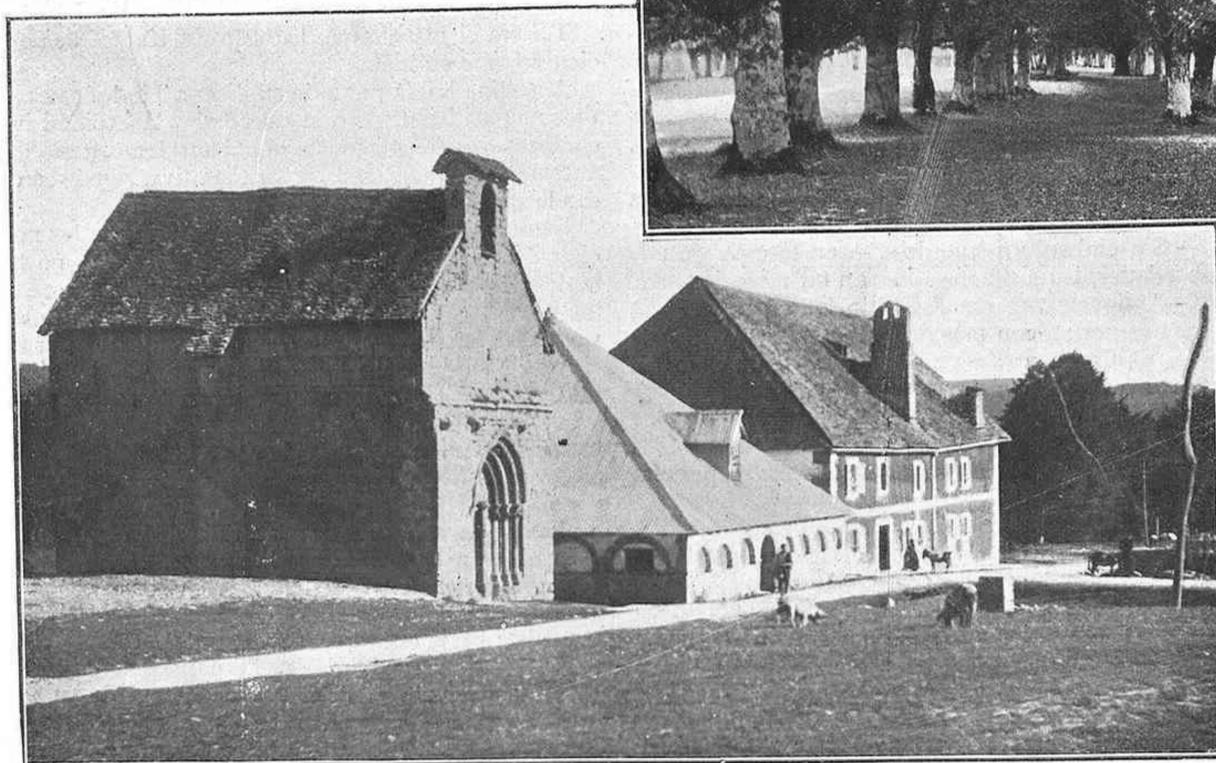


Roncesvalles. - Puerta de la iglesia

mazas (sic) de Roldán y Oliveros, junto con las sandalias (sic) del obispo Turpín.



Bosque de Roncesvalles



Roncesvalles. - Capillas de Santiago y Sancti Spíritus

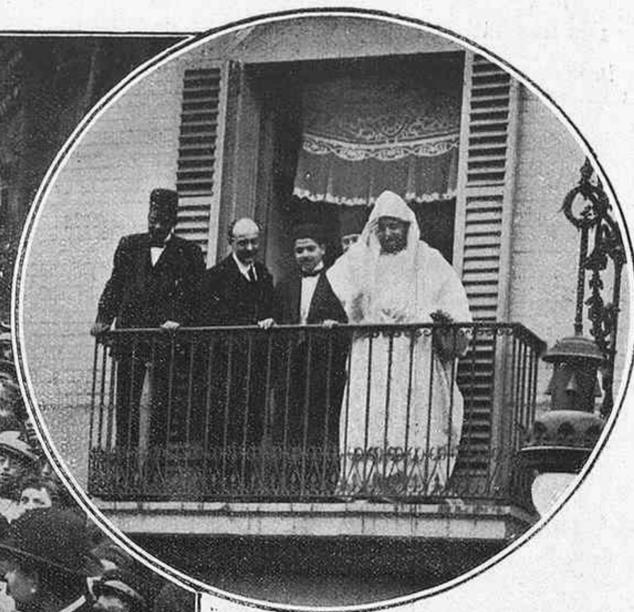
La sacristía, tenebrosa construcción del tiempo de Felipe III, decorada con lienzos de Juan de Juanes

Los claustros, destruidos por una famosa nevada, fueron góticos y se reconstruyeron pobremente, sin

*San Jean de Pied de Pont*, que se pierde entre la fronda y el monte.

La tradición cuenta que en collado tan poético tuvo lugar la famosa derrota de Carlo Magno al retirarse hacia Pamplona, muriendo en la pelea los épicos y legendarios héroes Roldán, Oliveros y el obispo Turpín, que tantas obras literarias y artísticas inspiraron. También por el pico de Altabizar sobre el puerto, a 1.500 metros, otro héroe, Napoleón, construyó un camino para el paso de la artillería en su retirada del suelo hispano.

Los paisajes y sitios más variados y hermosos se suceden por los alrededores del puerto, en que abundan escondidos en el bosque frescos manantiales que se escurren por el suelo alfombrado de oloroso césped y convidan al dulce reposo. A pocos pasos de la cima, mirando la vertiente francesa, la llamada de los Canónigos tiene fama y su emplazamiento es sencillamente delicioso. Goza de bellísimo panorama y es punto de reunión, al atardecer del estío para descansar de su cotidiano paseo, de los hijos de San Agustín. (Fotografías del autor.)



El exsultán Muley Háfid presenciando desde uno de los balcones del hotel el paso de la manifestación infantil. (De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

**Barcelona. Homenaje de los niños barceloneses al exsultán de Marruecos Muley Háfid**  
La manifestación infantil desfilando por delante del Hotel de Oriente, en donde se hospeda el exsultán

Desde hace algunos meses encuéntrase en Barcelona el exsultán de Marruecos Muley Háfid, quien se muestra encantado de nuestra ciudad y no desperdicia ocasión alguna de manifestar las simpatías y la admiración que por ella siente. Cuando con motivo de la última epidemia huyeron de Barcelona los forasteros y buen número de sus propios habitantes, Muley Háfid permaneció aquí y, dando pruebas de un alto espíritu de tolerancia, concurrió personalmente a la procesión de rogativas y entregó una cuantiosa limosna a la Junta Diocesana de Acción católica para los enfermos pobres. En sus visitas a hospitales, asilos y demás instituciones benéficas, da pruebas continuas de su liberalidad y de sus sentimientos caritativos; y el entusiasmo con que se asocia a todos los actos de cultura que en Barcelona se celebran, es una demostración de su clara inteligencia, de su ilustración y de sus refinadas aficiones.

Gracias a estas cualidades, el exsultán se ha conquistado el afecto de todos los barceloneses, y bien podemos afirmar que la Sociedad de Atracción de Forasteros ha interpretado los sentimientos de toda Barcelona haciendo entrega a Muley Háfid del diploma de honor que dicha entidad concede a cuantas personas contraen méritos relevantes y demuestran verdadero amor a nuestra capital.

Pero de todos los actos realizados por nuestro ilustre huésped, ninguno le habrá valido seguramente tanta popularidad y tantas simpatías como el ofrecimiento que, en su visita oficial del día de Reyes, hizo al Alcalde de un elefante que llenase el vacío dejado en el Parque por la muerte del popular *Avi*, que durante tantos años ha hecho las delicias de nuestra gente menuda.

Este rasgo, tan oportuno y generoso como delicado de Muley Háfid, despertó unánime entusiasmo, y haciéndose intérprete de éste, el *Chor infantil Mosén Cinto* y la redacción del semanario catalán para niños *Patufet* organizaron una manifestación de gratitud al egregio donante, que constituyese un homenaje de la chiquillería barcelonesa al ilustre príncipe que tan bien había sabido colmar sus deseos.

El acto se celebró el domingo, día 17, por la mañana y los manifestantes se reunieron en gran número en la Plaza Real, adonde acudieron multitud de colegios, una sección de exploradores, el antes citado coro y centenares de otros niños, ostentando la mayoría de ellos banderitas españolas y catalanas. Desde la Plaza Real la manifestación, a cuyo frente iba un niño con un pendón en que se leía «Homenaje de gratitud a Muley Háfid», entró en la Rambla, que se hallaba llena de un gentío enorme, y desfiló por delante del exsultán, que presenció el desfile desde uno de los balcones del Hotel de Oriente, en donde se hospeda, acompañado de algunas personas de su séquito. Los niños, al pasar por delante de Muley Háfid, le vitoreaban con entusiasmo y agitando sus sombreros, mientras el público prorrumplía en calurosos e incesantes aplausos; y el exsultán, visiblemente emocionado, correspondía a estas manifestaciones cariñosas con expresivos saludos.

El coro *Mosén Cinto* situóse debajo del balcón de Muley Háfid y bajo la dirección de su maestro Francisco Crusells ejecutó varias composiciones, que fueron acogidas con entusiastas aplausos.

Dos niños y una niña pertenecientes al coro subieron

una sentida dedicatoria. El exsultán salió con ellos al balcón y los besó efusivamente delante del público, que le tributó una ovación estruendosa.



Limpia y embellece el Jabón de  
**HENO DE PRAVIA**

## LOS HERMANOS BRUNO Y CONSTANTE GARIBALDI

Con pocos días de intervalo han muerto en el campo de batalla los hermanos Bruno y Constante Garibaldi, nietos del

»Estoy orgulloso de que el primer individuo de nuestra familia caído en el campo de batalla haya terminado el curso de su existencia en tierra de Francia y bajo el uniforme del glorioso ejército francés.

»Servíos expresar, os lo ruego, a los hermanos de armas del ejército francés nuestra gratitud por la parte que toma en nuestra pena y de la que habéis tenido la bondad de haceros intérprete.



La guerra europea. - Los voluntarios garibaldinos en Francia. Los hermanos Bruno (1), Constante (2), Pepino (3) y Ricciotti (4) Garibaldi. Los dos primeros han muerto recientemente en el campo de batalla, asaltando unas trincheras alemanas en la región de las Argonas. (De fotografía de Aigus.)

ilustre caudillo cuyo nombre irá perpetuamente unido a la unidad de Italia y a la defensa de todas las causas de la libertad de los pueblos. Los dos formaban parte, en unión de sus hermanos Pepino y Ricciotti de la legión de voluntarios italianos que, al estallar la actual guerra europea, acudieron a ofrecer sus servicios a Francia; y los dos han sucumbido como héroes al tomar unas trincheras tenazmente defendidas por los alemanes. Bruno Garibaldi contaba 26 años; su hermano Constante, 25.

El Presidente de la República francesa Sr. Poincaré, al tener conocimiento de la muerte de Bruno, envió al padre de éste, el general Ricciotti Garibaldi, el siguiente telegrama:

«En el momento en que las tropas francesas tributan los últimos honores a uno de vuestros hijos, os expreso al mismo tiempo que mi dolorosa simpatía mi agradecida admiración por los valientes herederos del ilustre nombre de Garibaldi y por sus compañeros italianos que voluntariamente vinieron a alistarse en Francia y que combaten a nuestro lado por la civilización latina.

«Aquí defienden, con nuestras comunes tradiciones, nuestra antigua e inmortal cultura, el ideal de honor y de libertad que siempre ha sido tan caro a Italia, y hacen más estrechos y más sólidos aún los vínculos de afecto que unen para siempre a nuestras dos naciones hermanas.»

A este telegrama, contestó el general Garibaldi con otro en el que decía:

«Francia ha sido desde 1793 la iniciadora gloriosa de la gran obra de redención humana. Morir por esta obra, es morir por la Francia, por la Italia y por la humanidad.

«Cuando dije «¡hasta la vista!» a mis valientes franco tiradores hacia fines del Año terrible, tenía el firme convencimiento de que llegaría el día del desquite glorioso. Me siento orgulloso de haber vivido hasta hoy porque ese día se aproxima.

«Ha sucumbido uno de mis hijos; quedan cinco todavía y, después de ellos, el anciano jefe de la 4.ª brigada y con él el corazón de toda Italia.»

A raíz de la muerte de Constante, el Sr. Poincaré telegrafió al general:

«Apenas recibido vuestro noble telegrama, me entero de la muerte gloriosa de otro de vuestros hijos en ese bosque de Argona, en donde la legión italiana da todos los días muestras de valor y de heroísmo. Recibid mis nuevas y ardientes simpatías.»

El ministro de la Guerra, Sr. Millerand, envió al teniente coronel Garibaldi, hermano de Constante, un telegrama concebido en estos términos:

«Con dolorosa emoción me entero del nuevo duelo que os aflige y que afecta a la vez al noble y altivo ejército italiano y al nuestro.

«Al expresaros toda mi admiración por el héroe que acaba de sucumbir en nuestras filas, os manifiesto, en nombre de todos los compañeros del ejército francés y en el mío, la gran parte que tomamos en vuestro dolor.»

El teniente coronel contestó al Sr. Millerand:

«En medio del duelo que aflige a mi familia, vuestras palabras son un gran consuelo.

«¡Que esa sangre no haya sido derramada en vano por mi patria y por la vuestra!

«Aceptad también la expresión de mi inalterable fidelidad a vos y a la gran causa común.»

Los cadáveres de los dos hermanos fueron conducidos a Roma en donde se efectuaron sus entierros los días 6 y 12 de este mes respectivamente.

El féretro de Bruno llegó a Roma por la mañana y quedó depositado en una sala de la estación de Roma convertida en capilla ardiente; iba envuelto en una bandera italiana y sobre él se veía el uniforme del difunto. Por la tarde, ocho garibaldinos lo llevaron en hombros hasta el coche fúnebre, colocando sobre él la camiseta roja de los garibaldinos y numerosas coronas de la familia, de la municipalidad de Roma y del embajador de Francia. Detrás iban los embajadores de Francia y de Inglaterra, los ministros de Grecia, Servia y Montenegro, muchas personalidades ilustres del Parlamento y de la prensa y representantes de numerosas asociaciones políticas. Una multitud inmensa presenció el paso de la comitiva por las calles y desde los balcones se arrojaron flores sobre el coche fúnebre.

Aunque la familia había expresado el deseo de que el entierro de Constante tuviese un carácter enteramente particular, un público numerosísimo presenció la ceremonia y un largo cortejo acompañó hasta el cementerio los despojos mortales del soldado ilustre, sobre cuyo ataúd se pusieron también la bandera italiana y la blusa encarnada de los garibaldinos. Detrás del féretro iban asimismo numerosos representantes diplomáticos, políticos, periodistas, etc.

Ambas ceremonias fueron presididas por el general Ricciotti Garibaldi, por su esposa y por sus hijos Santo, Ezio, Rosa y Josefina.



## LIBRO DE ORO

## DON QUIJOTE DE LA MANCHA

NOTABLE REPRODUCCIÓN EN FACSIMILE DE LA EDICIÓN IMPRESA EN 1608

Reconocida como la única que fué revisada por el mismo Cervantes en Valladolid y que contiene las últimas correcciones de su inmortal autor, por lo que se la considera como el solo original autorizado de tan renombrada obra, habiendo sido por tal concepto adoptada por la Academia Española para su edición especial.

Esta edición constituye una verdadera joya bibliográfica y se ha publicado en dos tomos, que se venden encuadernados en tela a 10 pesetas ejemplar.

Ejemplares con encuadernación especial muy lujosa con corte dorado, 25 pesetas los dos tomos. Van colocados en un estuche.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN